11210

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

UNA HEROINA... DE CAPELLANES.

Ortiz

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

2

UNA
HEROINA... DE CAPELLANES.

UNA HEROINA..... DE CAPELLANES.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

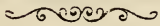
ARREGLADA DEL FRANCÉS POR

Don Manuel Ortiz de Pinedo

Y

DON JOSÉ MARÍA GARCÍA.

Extrenada con gran aplauso en el Teatro de Variedades en Madrid, la tarde del 24 de Diciembre de 1860.



Madrid—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de San Vicente alta, núm. 52.

PERSONAGES.

DON ANTONIO MOLIDO.	Don Victorino Tamayo.
DON PRUDENCIO TEMPLANZA. .	Enrique Arjona.
DON LUIS ESPERANZA.	José Córcoles.
BLAS VARA CORTA.	Sr Martinez.
UN NOTARIO.	Maré.
UN GUARDA DE CAMPO.	Garralon.
DOMINGO, criado.	Diez.
DOÑA ELENA TEMPESTAD. . .	Doña Francisca Tutor.
DOÑA AMALIA TEMPLANZA. . .	Doña Carolina Benedicto.

Convidados de ambos sexos.

Los dos primeros actos en Madrid: el tercero en Alcazar de San Juan.

La propiedad de esta comedia pertenece á los señores Salas, Helguero y Gaztambide, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala sencilla pero decentemente amueblada. En el fondo un balcon con colgaduras. En el segundo término de la derecha, una puerta que comunica con la habitacion de Elena. En el primer término una cómoda. A la izquierda en el primer término, una consola, sobre la cual habrá un modesto reló de sobremesa, una petaca y un candelero con bugía apagada. Mas hácia el fondo un escritorio con cajones grandes abajo. En el mismo lado y en último término, la puerta que comunica con la calle. A la izquierda un sofá; junto al sofá un brasero. A la derecha un velador pequeño, sobre el cual habrá un bastidor de bordar. Al lado del bastidor, una canastilla de costura.

ESCENA PRIMERA.

(Al levantarse el telon, no hay nadie en escena, que estará completamente á oscuras. La puerta de la izquierda se abre con mucha precaucion y salen de puntillas ANTONIO y LUIS envueltos en sus capas y embozados hasta los ojos.)

ANTONIO. (A media voz.) Nos habrá visto alguien?...

LUIS. No es posible.

ANTONIO. Pues cierra la puerta y quita la llave.

LUIS. Cierro la puerta.

ANTONIO. No hagas ruido, por Dios.

LUIS. Quito la llave. (Cierra la puerta con mucho cuidado y se guarda la llave.)

672613

ANTONIO. Las ocho y cuarto. (Hablando consigo mismo.) Ya debe estar en el teatro. (A Luis.) Traes fósforos?

LUIS. Sí. (Sacando una caja.)

ANTONIO. Pues enciende uno.

LUIS. Encenderemos dos ó tres á un mismo tiempo por si alguno no tiene cabeza... Ajá! (Enciende los fósforos; al mismo tiempo se oye la voz de Elena que tararea una cancion en la habitacion de la derecha.)

ANTONIO. Chist!! (Apagando con un soplo los fósforos que ha encendido Luis.) Todavía no se ha ido!

LUIS. (Que ha aspirado el humo, tosiendo.) Eje!.. eje!.. eje!

ANTONIO. Quieres callar estúpido!

LUIS. Pero... ejé!... Si me... ejé!...

ANTONIO. Calla ó te estrangulo... (Tapándole la boca y llevándole á la fuerza al fondo.) Pronto!... Aquí... (Se ocultan completamente detras de las cortinas, tapándose con ellas.)

ESCENA II.

ELENA.—ANTONIO—LUIS ocultos.

(Elena sale de la habitacion de la derecha, vestida como para salir. Trae una luz y una carta abierta.)

ELENA. A qué hora dice que empieza?... (Leyendo.) «Mi encantado»ra hurí, adjuntas te remito dos delanteras de anfiteatro »principal para que vayas esta noche con tu tia al Circo »(no al de los caballos) donde se hace el juguete lírico »dramático en seis actos, dividido en doce cuadros, titu»lado: «La irrupcion de los bárbaros, ó la caida del bajo imperio.» Como sé tu aficion á las obras de mérito, no quiero que dejes de ver esta zarzuela, llena de situaciones interesantes. «Sí, sí; habrá bueyes, segadores, incendios, »esa, esa es la literatura de las almas sensibles.» Te aguardo á la puerta debajo del farol, preparándome para la irrupcion bárbara, que será á las ocho en punto, leyendo

la Correspondencia de España. Cuánto me quiere! Y qué fortuna la mia! Haber encontrado un jóven tan complaciente, tan amable, despues de haber estado casada con un viejo celoso y regañon insufrible... (Mirando el reló que está sobre la chimenea.) Dios mio! las ocho y media!.. voy á perder la introduccion por lo menos! solo falta ahora que aun no esté ataviada mi tia para que se acabe de aburrir mi pobre Antoñito. Vamos á buscarla. Dejaré la vela en su cuarto. (Se vá por la izquierda llevándose la luz y cerrando la puerta con llave. El teatro se queda á oscuras. Se oye dentro la voz de Elena que dice.)

ELENA. Vamos, tia, que es tarde. Ahí se queda la palmatoria.

ESCENA III.

ANTONIO, saliendo con LUIS.

LUIS. Se largó! Ya somos dueños del campo. (Va á escuchar á la puerta de la izquierda.) Saca otro Cascante.

LUIS. Dime, quién es esa jóven? (Encendiendo un fósforo.)

ANTONIO. Una jóven... que va al Circo. Enciende. (Acerca el candelero que tiene la bujía: Luis enciende.)

LUIS. Pero cómo sabias tú que esa jóven...

ANTONIO. Mira, Luisito, hoy te he convidado á comer en la fonda de los Leones, con la condicion de que me pertenecias en cuerpo y alma desde las ocho á las diez de la noche. Has comido, has bebido, has fumado una tagarnina. En fin, me has costado diez reales, sin contar la propina del mozo, el café y los cigarros; de manera, que tu obligacion es hacer lo que yo te diga, y callar.

LUIS. Tienes razon.

ANTONIO. Quítate la capa. (Quitándose la capa.)

LUIS. Me quito la capa. (Quitándosela.)

ANTONIO. Ahora, ayúdame á registrar la cómoda.

LUIS. Cómo! Qué has dicho?

ANTONIO. Que vamos á registrar la cómoda, imbécil!

LUIS. La cómoda!!

ANTONIO. Las cómodas, los armarios, las mesas, todo...

LUIS. Desgraciado, has escogido la profesion de Candelas, y quieres que yo?... Te has equivocado de medio á medio. Vé á buscar otro sócio... yo... vuelvo. (Haciendo ademan de marcharse.)

ANTONIO. Oye... Escucha...

LUIS. Te devolveré tu comida, tus vinos, tus cigarros... pero me voy... necesito aire... necesito salir de aquí...

ANTONIO. Ven acá, majadero... Cómo has podido figurarte que yo, Antonio Molido, estudiante de medicina, trate de cometer un robo en la casa de una costurera, cuando dentro de dos horas voy á casarme con la hija de un semi-millonario?

LUIS. Ah!!

ANTONIO. Ah!!! ¿Te has convencido ya?

LUIS. Hombre, siendo así... Pero entonces, qué vienes á hacer aquí? (Tranquilizándose.) ¿Quién vive en este cuarto?

ANTONIO. No te lo he dicho? Una costurera que se llama doña Elena Tempestad... Una heroina... de Capellanes.

LUIS. Tempestad! Qué apellido tan ruidoso! No me embarcaria yo con ella.

ANTONIO. Seria tarea larga contarte mis amores... Lo que únicamente te diré, es que la noche que comiamos juntos la segunda tortilla en el ambigú de Capellanes, estaba ya preocupado con la idea de romper las relaciones que con la primera tortilla se habian iniciado.

LUIS. Tan pronto!

ANTONIO. Y este rompimiento, mi querido Luis... no ha podido realizarse todavia, y hace cuatro años que lo estoy procurando.

LUIS. Cuatro años!...

ANTONIO. Cuatro; uno de ellos bisiesto!

LUIS. Tan sugeto estás?...

ANTONIO. Que si estoy sugeto!... Como el esclavo á la cadena, como el ahorcado á la soga, como el perro á la chocolatera que le atan en Carnaval.

LUIS. Y por qué no sueltas la chocolatera?

ANTONIO. Si tú conocieras á Elena, no me harias esa pregunta. Es una muger divina, pero terca... y celosa como una pantera de Bengala.

LUIS. Es andaluza?

ANTONIO. Si; ha nacido en Cangas de Tineo: todas las mañanas vengo decidido á dar el trueno gordo: pero en cuanto empiezo á hablar con ella, y la miro y me mira... y... vamos, mi lengua se embrolla, mis ideas se trastornan y de debilidad en debilidad he dejado que llegue el dia, la hora de firmar mi escritura de esponsales...

LUIS. Sabes, chíco, que la cosa es grave?

ANTONIO. Gravísima!... Ya ves que no puedo retroceder. Afortunadamente esta mañana me ha ocurrido una idea salvadora.

LUIS. Cuál?

ANTONIO. Alejar á Elena de su casa esta noche, introducirme aquí como has visto, registrar sus muebles y recoger lo primero todas mis cartas, luego ver si por casualidad encuentro alguna pequeña prueba de infidelidad...

LUIS. Tú crees?...

ANTONIO. Ay, chico, durante cuatro años!... Si encuentro lo que busco, esa prueba me servirá de pretesto para romper mi cadena. La escribiré cuatro letras... No, no me conviene escribir: iré al Circo, la diré... «Sea usted feliz, señora... nada de explicaciones... Adios para siempre...» y en seguida corro á casarme con la opulenta Amalia.

LUIS. Eres un Maquiavelo. (Riendo.) Nunca me hubiera ocurrido á mí un pensamiento tan... tan...

ANTONIO. Vamos, vamos; no hay tiempo que perder. Requisa general... Busquemos, registremos... yo este mueble; tú aquel. (Se dirige á la cómoda y señalando el escritorio.)

LUIS. Manos á la obra. (Dirigiéndose al escritorio.)

(Durante el diálogo siguiente sacan de los cajones, entre otras, los objetos que van nombrando.)

Chocolate!

ANTONIO. Sábanas.

LUIS. Libros. (Leyendo.) «María, ó la hija de un jornalero.» Los piratas sanguinarios;» «una guia de forasteros,» una papeleta del Monte de piedad... un calendario.

ANTONIO. Camisas, medias...

LUIS. Un sombrero!

ANTONIO. De copa?

LUIS. No, de muger...

ANTONIO. Busca... busca... (Acercándose á la chimenea.)

LUIS. Una petaca.

ANTONIO. Es mia. (Se la guarda.)

LUIS. (Dando un grito.) Oh!

ANTONIO. Qué?

LUIS. Un paquete de cartas.

ANTONIO. Dame!... (Despues de haberlo visto.) Son las mias. (Guardandoselas.) Confisquemos.

LUIS. Ah! un guardapelo. . con la segunda parte de idem.

ANTONIO. Rubio ó negro?

LUIS. Ni lo uno ni lo otro: castaño.

ANTONIO. Es una memoria que la dí el dia de mi santo. (Guarda el medallon en el bolsillo.)

LUIS. Un retrato.

ANTONIO. El mio. Buena fotografía! Cincuenta reales. García Lara, Fuencarral, 29. (La guarda tambien en el bolsillo.)

LUIS. Sabes que voy creyendo...

ANTONIO. Busca y calla.

LUIS. (Mostrándole un papel.) Aquí está tu negocio.

ANTONIO. Qué es eso?

LUIS. Un borrador de una carta dirigida al príncipe Pepinskoff.

ANTONIO. Un príncipe cuyo apellido acaba en off? Ese debe ser algun ruso de Capellanes. (Toma la carta y lee.) «Ilustrísimo »señor. Dice usted en su carta que me adora, que tiene »muchos rublos y muchos esclavos.» Bravísimo!

LUIS. Ya cayó!

ANTONIO. «Que sea enhorabuena; yo tenia un corazon que era mi »única riqueza, y hace cuatro años que le dí todo entero; »pero en cambio he adquirido un esclavo que miro como

»dueño, y que vale más que todos sus rublos y todos »sus esclavos de usted. Mi esclavo y dueño se llama Antoñito.»

LUIS. Esa señora es una Lucrecia!

ANTONIO. Esto es atroz. Quizá en toda la tierra no haya más que un corazon á prueba de rublos y le ha tocado á la muger que me ama! Cuando digo que tendré que hacer alguna barbaridad!

LUIS. Busquemos... quién sabe. .

ANTONIO. (Desesperado.) Sí, sí. Chit...

LUIS. Qué?

ANTONIO. (Escuchando.) Siento ruido en la escalera.

LUIS. Meten una llave en la cerradura.

ANTONIO. Pronto! (Asaltado de una idea repentina y empujando á Luis al cuarto de la derecha.) Entra ahí.

LUIS. (Incomodado.) Para qué?

ANTONIO. Y acuérdate cuando salgas que no me conoces.

LUIS. Pero, Antoñito, si yo te conozco...

ANTONIO. Entra y calla. (Empujándole.)

LUIS. No entiendo una jota.

ANTONIO. Ni hace falta tampoco. (Le hace entrar en el cuarto de la derecha y cierra la puerta.)

ESCENA IV.

ANTONIO.—ELENA.

(Se abre la puerta de la izquierda y entra Elena, cierra la puerta y guarda la llave en un bolsillo: trae una palmatoria con luz.)

ANTONIO. (Aparte.) Ella es!

ELENA. Tunante! Haberme engañado... (Viendo á Moldo.) Calla! Esta usted aquí? Pero cómo ha entrado?...

ANTONIO. Me llevé anoche el picaporte de la tia.

ELENA. (Con dulzura.) Y yo te estaba esperando á la puerta del teatro con el frio que hace?

ANTONIO. Como subí al anfiteatro y no te encontré!... harto ya de esperar, me he venido.

ELENA. (Haciéndose cargo del desorden que hay en la habitacion.) Qué desorden es este? parece que han tomado mi casa por asalto, ó que ha entrado en ella la antigua policía. Los muebles abiertos y la ropa por el suelo! Qué significa?... (Pasa á la derecha y se quita el velo.)

ANTONIO. (Aparte.) Serenidad. (Alto.) Te lo voy á explicar sin rodeos.

ELENA. Qué sucede?

ANTONIO. Sucede... sucede, señora, que estoy celoso!

ELENA. Tu celoso de mí?

ANTONIO. Yo.

ELENA. De mí, que te quiero tanto!

ANTONIO. Eso está por ver.

ELENA. Ingrato!

ANTONIO. No troquemos los papeles, señora. Respete el dolor que destroza mi alma.

ELENA. Antonio, qué dolor es ese? Quieres decirme por qué estás celoso?

ANTONIO. Y usted me lo pregunta? Usted?... No he visto audacía semejante.

ELENA. Quieres explicarme por fin?

ANTONIO. Señora, usted me está engañando. Sí, Elena, Elena, y esta casa va á ser una segunda Troya.

ELENA. Caballero, yo no falto jamás á la fé que he jurado; y no consentiré que se me injurie sin razon.

ANTONIO. Un anónimo me ha puesto al corriente de todo.

ELENA. Al corriente de qué?

ANTONIO. De tu falsedad.

ELENA. Un anónimo!

ANTONIO. Sí señora. En él se me dice que mientras yo estoy tranquilo por las noches jugando al dominó en el café, usted recibe las visitas de un jóven...

ELENA. Antonio!

ANTONIO. Y para que no tenga dudas me dan todas las señas;

un jóven bajo, rechoncho, mirada estúpida, nariz de pimiento colorado, tan corto de alcances como de estatura. Por eso la he enviado á usted al Circo esta noche. Para rejistrar la casa, para..

ELENA. Y qué ha encontrado usted?

ANTONIO. Nada todavía; pero... Por qué se ha venido usted tan temprano?

ELENA. Por qué! No sabes que solo estoy contenta cuando estoy á tu lado?

ANTONIO. Y si se hubiese usted vuelto para ver á ese jóven! Por qué ha dejado usted á su tia en el teatro?

ELENA. Para que te dijese si ibas, que me habia vuelto á casa.

ANTONIO. Y luego, por qué?...

ELENA. Basta ya. Esas sospechas y esas preguntas ultrajan mi honra.

ANTONIO Ah! (Fingiendo haber oido ruido en la habitacion de la derecha.)

ELENA. (Volviéndose.) Qué?

ANTONIO. (Indicando la derecha.) Me parecia que habia sentido pasos en esa habitacion.

ELENA. Le zumbarán á usted los oidos.

ANTONIO. Es posible; pero en esa habitacion hay alguno.

ELENA. Caballero, quién supone usted que pueda estar á estas horas en mi cuarto?

ANTONIO. Quién? (Cogiéndola la mano.) El jóven del anónimo, ese amante rechoncho y estúpido

ELENA. Já! já! Mejor es tomarlo á risa.

ANTONIO. Y se rie! Tanto disimulo me espanta.

ELENA. Y á mí tanta impertinencia me aburre.

ANTONIO. Negará usted que hay alguna persona en ese aposento? Averígüelo usted por sí misma. (Elena va á abrir la puerta.)

ELENA. (Abre y da un grito, retrocediendo.) Ah, un hombre!

ANTONIO. Seguro estaba yo de encontrarle. (Haciendo salir á Luis.) Salga usted, caballero, salga usted; y si no es un cobarde...

ESCENA V.

DICHOS.—LUIS.

LUIS. Buenos dias, señora. (Saliendo y dejando el sombrero y la capa sobre una silla.)

ANTONIO. Insistirá usted todavía en negarlo?

ELENA. Yo... no conozco á este hombre!... Debe ser un ladron! Oh! sí, daré voces, llamaré para que vengan y le conduzcan al Saladero. (Se dirije á la izquierda.)

LUIS. A mí? (Asustado.) Señora, yo no soy lo que parezco...

ANTONIO. (A Luis y deteniendo á Elena.) No tengas miedo. No es necesario: usted sabe quién es este hombre, y yo le he reconocido al momento recordando el anónimo. Mire usted esa facha: bajo, rechoncho, la nariz atomatada... mirada estúpida... Este hombre es su amante de usted.

LUIS. Cómo! yo un...

ANTONIO. (Bajo á Luis.) Calla!

ELENA. Antonio, yo te juro!...

ANTONIO. (Alejándola con voz enternecida y limpiándose los ojos.) Basta!... Usted ha hecho pedazos mi alma! ya no hay felicidad para mí en este mundo, ni más consuelo que la venganza.

ELENA. Antonio!...

ANTONIO. Tranquilícese usted. Nada tiene que temer de mí; otro va á ser el blanco del furor que me ahoga. Adios, señora. Nada de explicaciones... Adios y sea usted feliz.

ELENA. Antonio!.. (A Luis.) Pero diga usted algo, hombre de Dios!

LUIS. (Sin saber qué hacer.) Yo...

ANTONIO. (Interrumpiéndole vivamente.) Yo lo prohibo á usted que hable una sola palabra. Usted es un perdido... un villano...

LUIS. Hombre!

ANTONIO. Y me va usted á dar su satisfaccion.

ELENA. Un duelo!

LUIS. Un desafío?... pero es que yo...

ANTONIO. Silencio he dicho... Deme usted una targeta.

LUIS. Mi targeta?...

ANTONIO. Te niegas! Yo sabré obligarte á ello, cobarde. (Dándole una bofetada.)

LUIS. Demonio! Esto ha sido de veras... (Antonio hace ademan de abalanzarse á él, y acercándose á su oido le dice.)

ANTONIO. Disimula, es de broma.

LUIS. (Interponiéndose.) Señores, señores, respeten ustedes la casa de una señora.

ANTONIO. (Amenazándole con otro bofeton) Tu targeta ó repito

LUIS. No, no. (Le da la targeta.) Basta con uno. Ahí está. (Elena coge la targeta.)

ELENA. No, no lo consentiré.

ANTONIO. Salgamos, caballero!

LUIS. Salgamos. (Aparte.) Dice que es de burla, pero á fé que me escuece de veras. (Alto.) Salgamos.

ANTONIO. Sí, sí, pronto. Me ha robado usted su corazon, y yo le voy á arrancar... Contesta. (Aparte.)

LUIS. Lo veremos: yo tambien necesito beber su sangre de usted.

ELENA. Dios mio!

ANTONIO. Vamos.

LUIS. Vamos. (Se dirige á la puerta.)

ELENA. Sr. D... (Lee la targeta, se detiene y se rie) Já, já! Con que van ustedes á batirse?

ANTONIO. Sí señora, y en vano intentará usted oponerse.

ELENA. Yo! De ninguna manera... Já... já...

ANTONIO. Eh?... Qué!...

ELENA. Beso á usted la mano. (Saludando.) Já... já....

ANTONIO. Se está usted burlando, cuando dentro de poco uno de los dos habrá dejado de existir?

ELENA. De alguna indigestion? De algun ataque cerebral?

ANTONIO. Señora...

ELENA. Celebraré que le toque á ese caballero, tu amigo.

ANTONIO. Yo no conozco al señor. (Antonio hace señas á Luis de que diga lo mismo.)

LUIS. Yo tampoco lo conozco.

ELENA. Y es verdad que no ha representado muy mal su papel para ser tan estúpido.

LUIS. Yo?

ELENA. No he visto á nadie que reciba las bofetadas con tanta resignacion..

LUIS. Señora...

ANTONIO. Elena!

ELENA. Tan pronto te has olvidado de la conversacion que tuvistes conmigo acerca de la proverbial estupidez de este caballero?...

LUIS. Cómo?

ANTONIO. Yo?

ELENA. Sí, el dia que vino de Oviedo; poco antes de separarte de mí para ir á esperarle á la administracion de diligencias.

ANTONIO. (Me atrapó!)

ELENA. La comedia que acaban ustedes de representar es bastante graciosa: un poco grosera... No, no: es una farsa inícua, una accion infame.

ANTONIO. Muger... yo...

ELENA. Basta ya.

LUIS. Permítame usted que la...

ELENA. No necesita usted disculparse, usted es un mentecato, incapaz de comprender...

LUIS. Yo...

ELENA. Tome usted su sombrero y salga usted de mi casa al instante. Pronto, pronto. (Luis pasa á la derecha y toma el sombrero.)

ANTONIO. Sí, sí, salgamos. (Dirigiéndose á la puerta.)

ELENA. (Interponiéndose.) No, usted y yo tenemos que hablar.

ANTONIO. (Aparte.) Malo. (Bajo á Luis.) Búscame un coche; bajo dentro de cinco minutos.

ELENA. (A Esperanza.) Cuándo espera usted á marcharse? quiere usted que se lo diga de otra manera?..

LUIS. Crea usted... señora... que yo... (Al ver que Elena coje la paleta del brasero.) No se moleste usted... (Aparte al salir.) Vay

una muger. (Esperanza saca la llave que se guardó en la primera escena: abre con ella la puerta y se va dejándola puesta. Elena pasa á la derecha despues de haber dejado la paleta en su sitio.)

ESCENA VI.

ANTONIO.—ELENA.

ANTONIO. (Aparte mirando su reló.) Las nueve menos cuarto.

ELENA. (Se coloca delante de Antonio y despues de un momento de silencio.) Antonio!... Tú quieres romper conmigo?

ANTONIO. (Aparte.) Acabemos de una vez!

ELENA. Dímelo con franqueza... lo prefiero.

ANTONIO. Qué diantre!... Puesto que es preciso confesarlo... y me hubiera servido de una frase menos vulgar... pero en el fondo...

ELENA. Con que he adivinado?...

ANTONIO. (Haciendo un esfuerzo.) Sí.

ELENA. Ji! ji! ji! (Cae sentada sobre el sofá anegada en lágrimas.)

ANTONIO. (Para sí y con una emocion mezclada de fastidio.) Ea: ya soltó las cataratas del Niágara.

ELENA. Ingrato! ingrato! despues de haberle sacrificado los mejores años de mi vida!

ANTONIO. (Aparte.) En efecto; de los veinte y cuatro á los veinte y ocho.

ELENA. Despues de haber rehusado por él un príncipe ruso con esclavos, con... Oh!... Qué desgraciada soy! (Antonio se acerca á ella procurando calmarla.)

ANTONIO. Vamos, Elena; es preciso que consideres... Mi familia.. Yo creia que podria casarme contigo, y hoy veo que esa esperanza es un sueño que no puede realizarse. Yo no debo engañarte por más tiempo... (Sentándose en el sofá á su lado.) Además todo cambia en el mundo, y mi amor...

ELENA. Oh! (Estallando de repente.) Conque es decir que amas á otra?

ANTONIO. (Se levanta sorprendido.) Yo no he dicho...

ELENA. (Cada vez más exaltada y pasando á la derecha.) Otra!... Con que

hay otra? solo al pensarlo... los nervios y... los dientes...

ANTONIO. (Aparte,) Ya apareció la pantera.

ELENA. ¿Has creido que despues de cuatro años de fidelidad y de sufrimiento, voy á consentir que me robe... una... yo no se quien... Tu corazon me pertenece... yo tengo derechos...

ANTONIO. (Atreviéndose apenas á hablar.) Derechos?

ELENA. Sí, derechos! Niégalo si te atreves. Pero no importa: díme su nombre... las señas de su casa... voy á romper todo lo que encuentre en ella... voy á dar un escándalo... la voy á arañar... (Con furor.) Su nombre, Antonio, su nombre!

ANTONIO. Tomasa...

ELENA. Mientes!...

ANTONIO. Muger!

ELENA. (Amenazándole.) Tú no me conoces.

ANTONIO. Oh!! sí. (Ojalá no te hubiera conocido.)

ELENA. No, tú no sabes quién soy yo.

ANTONIO. Tú eres...

ELENA. Antonio!!!

ANTONIO. Perdon, señora... (Mirando el reló.) Ya es tarde, y...

ELENA. (Aparte.) Nada conseguiré con la violencia. (Alto.) Antonio.. No consideras (Con ternura.) que vas á hacer mi eterna desgracia! (Le abraza llorando.)

ANTONIO. Muger, no creo que hay motivo...

ELENA. (Con más dulzura y como resignada.) Con que todo se ha acabado?... Con que ya no te veré más?... nunca!... otra muger... y si fuera para casarte con ella... (Veamos si lo engaño.)

ANTONIO. (Sorprendido.) Eh?

ELENA. Si supiera yo que no la amabas... que obedecias á un mandato de tus padres, entonces... quizá me resignaria... Tu familia es muy rica y es natural que quieran proporcionarte un buen partido.

ANTONIO. Con que si fuera á casarme...

ELENA. Sufriria mucho; pero tendria resignacion. Me diria: tú

no debes oponerte á su felicidad... pruébale tu amor sacrificándote por él.

ANTONIO. Pues que ya estás más tranquila, y que te haces cargo de la razon, voy á confesarte la verdad. Mis padres han arreglado, sin mi consentimiento, mi boda con una hija de un señor, poderoso, rico...

ELENA. (Llorando y cubriéndose la cara con el pañuelo.) Oh!

ANTONIO. Pero no llores.

ELENA. (Fingiendo resignarse y enjugándose las lágrimas.) No!... Ya se acabó... Ya no lloro más...

ANTONIO. (Aparte.) Se presenta mejor que lo que yo esperaba.

ELENA. (Haciendo un esfuerzo.) Y cuándo te casas?...

ANTONIO. Pronto...

ELENA. Con que pronto?...

ANTONIO. (Titubeando.) Sí...

ELENA. Dentro de un mes?...

ANTONIO. Antes. La boda se aplazó para la venida de mi hermana que está en Albacete; pero hoy ha escrito que no puede venir porque tiene su hijo con sarampion...

ELENA. Ah! con que no viene?

ANTONIO. No... Y mi futuro suegro ha decidido que se celebre el domingo próximo.

ELENA. Dentro de cuatro dias?

ANTONIO. Esta noche se firma el contrato.

ELENA. Ah!... Y por eso has ido á rizarte el pelo?...

ANTONIO. Sí... para estar más decente. (Sacando el reló.) Las diez menos cinco?

ELENA. (Suspirando.) Ah !...

ANTONIO. Ya ves que me precisa... Vaya, adios.

ELENA. No te vayas tan pronto.

ANTONIO. Pero si es que...

ELENA. (Llevándole al sofá y sentándose junto á él.) Vamos, siéntate: concédeme dos minutos siquiera. (Antonio duda.) Los ultimos.

ANTONIO. (Cediendo.) Bien, sean dos minutos.

ELENA. (Cogiendo el bastidor y conteniendo sus lágrimas.) Quiero trabajar junto á tí como en otro tiempo cuando... bordaba.

ANTONIO. No hablemos de lo pasado... (Mudando de conversacion.) Sabes que es muy bonito eso que estás bordando?

ELENA. Es una pechera para una camisa de boda... Y si me hicieras el obsequio de aceptarla ahora que...

ANTONIO. Esa es demasiada bondad. (Sacando el reló.) Las diez menos tres.

LUIS. (Fuera.) Antonio! Antonio!

ANTONIO. (Medio levantándose.) Es el pobre Luis.

LUIS. El coche está á la puerta.

ANTONIO. (Contestando fuerte.) Bajo al instante.

ELENA. (A Molido.) Un minuto más, uno solo.

ANTONIO. Ya que eres tan buena... (Se queda con el reló en la mano.)

ELENA. (Afectuosamente.) Yo no deseo otra cosa que verte feliz.

ANTONIO. (Con gozo.) De veras?

ELENA. (Bordando.) Y díme, es bonita?

ANTONIO. (Afectando no comprenderla.) Quién?

ELENA. Tu novia.

ANTONIO. Así, así.

ELENA. (Sin mirarle y continuando en su labor.) Rubia ó morena?

ANTONIO. (Poniéndose los guantes sin mirarla.) Trigueña claro.

ELENA. Y su nombre... es bonito tambien?

ANTONIO. Tiene treinta mil duros de dote.

ELENA. No preguntaba eso... sino cómo se llama.

ANTONIO. Ah! sí, Amalia.

ELENA. Amalia?... Me gusta. Amalia... de qué?

ANTONIO. (Mirando el reló.) Amalia Templanza... Hija única.

ELENA. Es huérfana?

ANTONIO. (Mirando el reló.) No, tiene papá.

ELENA. (Deteniéndole.) Un instante... Qué es el padre?

ANTONIO. Ha sido manguitero en los portales de la calle Mayor. Ahora es propietario y...

ELENA. Os quedareis en su compañía?

ANTONIO. Sí; nos ha cedido la mitad de su habitacion.

ELENA. Tiene buenas vistas?

ANTONIO. Los balcones nuestros dan á la calle de Santiago.

ELENA. No hay una lonja en la esquina?

ANTONIO. Justo. Es en el número 7.

ELENA. Conozco la casa.

ANTONIO. Con que vaya... son las diez... dame la mano y adios. Me voy.

ELENA. Qué te vas?.. Y tú has creido que yo consentiria en dejarte salir?...

ANTONIO. (Estupefacto.) Cómo!!!

ELENA. Ahora que he averiguado cuanto queria saber... su nombre, su calle, el número de su casa. (Corre á la puerta y quita la llave.)

ANTONIO. (Aparte.) Me ha engañado!

ELENA. Como no firmes en tu vida otro contrato que el que esperas firmar esta noche!... Yo le diré á ese comerciante de pellejos y á esa niña trigueña...

ANTONIO. Señora... deme usted la llave!

ELENA. No sales de aquí.

ANTONIO. Abrame usted la puerta.

ELENA. Te digo que no! Tú casarte con otra?... Nunca! nunca! (Tira la llave por el balcon y cierra.)

LUIS. (Dentro.) Ay! ay! Me han roto las narices!

ANTONIO. Qué has hecho?

ELENA. Tirar la llave por el balcon.

ANTONIO. (Anonadado.) Sabe usted, señora, que este es un lazo infame, una detencion inícua, un abuso de... no; un ataque contra la seguridad individual?

ELENA. Será lo que usted quiera!

ANTONIO. Y todo el mundo que me aguarda. Mi suegro... mi novia... los convidados... Qué hacer?...

ELENA. (Saca un cogedor con carbon y lo arreja sobre el brasero.) Me olvidas... me desprecias, quieres abandonarme... Pues bien: no serás tampoco de otra. (Procura encender el carbon soplando con la boca.)

ANTONIO. Qué estas haciendo?

ELENA. Encender la llama de nuestro himeneo! (Sopla.)

ANTONIO. Te has vuelto loca?

ELENA. Nunca he tenido mi razon más cabal. (Si este recurso no le conmueve...)

ANTONIO. Un suicidio!!

ELENA. No: dos. Tu familia, la sociedad, treinta mil duros, todo nos separa en la tierra: nos reuniremos en el cielo!

ANTONIO. (Asustado.) En el cielo!! Canastos! Yo necesito aire. (Rompe dos ó tres cristales.)

ELENA. Te asusta la muerte! (Con un desprecio profundo.) Cobarde!

ANTONIO. (Sin escucharla.) Qué dirán de mí? Ya ha pasado la hora! (Se aproxima al balcon.)

ELENA. (Con voz apagada y arrojándose en el sofá.) Y me deja morir sola.. Egoista!

ANTONIO. (Qué bien lo hace! No será la primera vez que se suicida.)

ELENA. (Fingiéndose caer desmayada.) Serás libre... dichoso... Podrás casarte... con los treinta mil duros... Adios Antonio, adios.:. para siem...

ANTONIO. (Aparte.) Recurso gastado.

ELENA. (Aparte entreabiendo los ojos.) Y no acude á mi socorro el tunante?

ANTONÍO. (Aparte.) Ah! La llave que ha tirado es la mia!... Ella debe tener la suya en el bolsillo. (Se acerca á ella como fingiendo socorrerla y procura registrar los bolsillos.) Elena, Elenita, vamos, muger, vuelve en tí... (Aparte.) Este bolsillo no tiene nada: á ver en el otro... (Alto.) Soy yo, tu Antonio, estoy á tu lado.

ELENA. (Suspira.) Ah!

ANTONIO. (Registrando.) Yo, que te amo y te amaré siempre .. Vamos, tranqui... (Aparte.) Aquí está la llave! (Alto.) Tranquilízate, hermosa. Elenita... (Procura sacarla del bolsillo.)

ELENA. (Con tono tranquilo.) Qué buscas?

ANTONIO. Tu llave... para ir á llamar á un médico.

ELENA. No es necesario. (Aparte.) Quiere escaparse! (Alto.) Tus palabras me han vuelto la vida.

ANTONIO. (Aparte.) No hay remedio!

ELENA. Pero habla!... habla!... repite que me quieres.

ANTONIO. (Fingiendo sinceridad.) Me has conmovido y renuncio á esa boda. Ya no nos separaremos jamás.

ELENA. No me engañas?

ANTONIO. Te lo juro... sólo un mónstruo seria capaz de abandonar á una muger que ha rechazado una corona de princesa rusa... (Se arrodilla á sus pies.)

ELENA. (Pasándole la mano por el pelo.) Antonio, Antonio mio! Cuánto te amo!! Cuánto!!

ANTONIO. (Aparte.) Y de camino me descompone el pelo.

ELENA. Escucha: si tú quieres, huiremos de la córte, nos iremos á una aldea...

ANTONIO. Eso es... y allí viviremos tranquilos.

ELENA. No seria mejor vivir en el campo, en las montañas de Asturias?

ANTONIO. Tienes razon. Allí hay poesía... y osos...

ELENA. Compraremos una casita...

ANTONIO. Tendremos nuestra vaca... tú harás queso, y yo... yo me lo comeré.

ELENA. Qué felicidad!

LUIS. (Fuera.) Antonio!

ELENA. Vaya usted al infierno!

ANTONIO. Conque está decidido. Mañana nos vamos. (Queriendo salir.) Voy á preparar el equipaje.

ELENA. No te vayas.

ANTONIO. Desconfias de mí?

ELENA. No; pero no te vayas aun.

ANTONIO. (Aparte.) Por vida! (Alto fingiendo ceder.) Me quedo.

ELENA. (Con entusiasmo.) Ah! conozco que me amas.

ANTONIO. Pasaré la noche en ese sofá...

ELENA. Gracias, Antonio, gracias.

ANTONIO. (Recostándose en el sofá.) Ya es tarde... Qué cansado estoy!... Tengo un sueño... Brrr!!! No hace calor en esta sala.

ELENA. Ya lo creo. Has roto los cristales... (Le pone encima la capa que se quitó Antonio al salir.) Aquí está tu capa. Estás bien?

ANTONIO. No mucho... Brrr!!! vaya un frio!

ELENA. (Toma un abrigo y se lo pone encima de la capa.) Y ahora?

ANTONIO. Brrr!!

ELENA. Aguarda, voy á traerte una colcha. (Entra y sale con una colcha acolchada.)

ANTONIO. Tendrá que ver la cara de mi suegro.

ELENA. (Saliendo y poniéndole la colcha.) Tienes ya más calor?

ANTONIO. Brrr!!

ELENA. (Asombrada.) Cómo! Todavía?

ANTONIO. Brrr!! Tengo frio... la emocion... los remordimientos... si parece que me va á entrar una terciana...

ELENA. Espera. (Entra en la derecha, saca una manta y se la coloca en los pies.)

ANTONIO. (Aparte.) Cómo escapar?

ELENA. Veamos ahora.

ANTONIO. Brrr!! Quiero una taza de té.

ELENA. Té?

ANTONIO. Sí, sí.

ELENA. Voy á hacértela. (Aparte.) La llave está en mi bolsillo. (Alto.) Pronto vuelvo.

ANTONIO. Brrr!! Brrr!!

ELENA. No te muevas... estáte así, abrigadito. (Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

ANTONIO.—LUIS.

(Antonio se levanta, coge las cortinas del balcon y las ata la una con la otra.)

ANTONIO. Ya verás lo felices que vamos á ser enmedio de las montañas con las vacas y el queso... Aun cuando me vean los civiles voy.. (Al echar las cortinas entra Luis por la izquierda.)

LUIS. (Saliendo.) A qué aguardas? Mira que es la una menos cuarto.

ANTONIO. Ah! eres tú! Y cómo tienes esa llave?

LUIS. La he recibido en las narices.

ANTONIO. Dichoso golpe! (Le acuesta bruscamente en el sofá.) Pronto! acuéstate ahí!

LUIS. (Asombrado.) Que me acueste?... No comprendo...

ANTONIO. (Le arropa con todo lo que Elena le habia colocado encima.) Ni hay necesidad de que lo comprendas. Cuidado con que te muevas ni digas esta boca es mia... fíngete muerto. (Se vá corriendo por la izquierda.)

ESCENA VIII.

LUIS.—ELENA.

LUIS. (Respirando con trabajo.) Que me haga el muerto! Poco me falta... Ya estoy casi ahogado!

ELENA. No te impacientes. Pronto va á estar el té.

LUIS. (Tapándose todo lo que puede.) Uf!!

ELENA. Tambien te traigo una botella de agua caliente para los pies. Se ha dormido.

LUIS. Oh!

ELENA. Quién se afana por tí? quién sino tu Elena te cuidaria de este modo?... Voy á meter el calentador. (Mete el calentador.) hijo mio!

LUIS. Algo se pesca! (Aparte.) Me estoy abrasando.

ELENA. No te muevas, que le vas á volcar... Ya le volcó!

LUIS. (Saltando fuera del sofá.) Canario! Fuego! fuego!!

ELENA. (Estupefacta.) Cómo! usted otra vez? (Reconoce á Luis.) Toma! (Dándole una bofetada.)

LUIS. Fuego!! (Elena lo persigue y le pega con el calentador.)

ELENA. Aguarda! aguarda! (Luis sale corriendo por la izquierda cuando haya podido ganar la puerta, lo cual no ha podido conseguir al instante por evitar los golpes que Elena procura darle.) Oh! (Blandiendo el calentador.) Venganza!!! venganza!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Sala amueblada con lujo en casa de D. Prudencio. Puerta al fondo, otra á la derecha. En medio del teatro un velador grande ovalado cubierto con un tapiz; sobre el velador dos candelabros, papeles y una escribanía. A la izquierda cerca de una butaca un cesto de costura.

ESCENA PRIMERA.

D. PRUDENCIO.—AMALIA.—EL NOTARIO.—Varios Convidados.—UN CRIADO en el fondo.

Al alzarse el telon, todos los personages estan sentados en semicirculo al rededor del velador, cerca de este el Notario: á su derecha Amalia y despues D. Prudencio: á su izquierda una silla vacia que se supone ser la del novio ausente. Todo el mundo duerme y ronca en diversos tonos. Empieza á amanecer. Las bugías casi consumidas arden aun en sus arandelas. Escena muda durante algunos instantes. El reló da las siete. El criado del fondo con una luz en la mano.

ESCENA II.

DICHOS.—DOMINGO.

DOMINGO. (Entra precipitadamente asustado, pálido como quien acaba de dispertar.) Acercándose á D. Prudencio.) Señor amo!... Señor!... (Don Pru-

dencio da un ronquido.) Calla!... está más dormido que un leño... Y la señorita Amalia tambien!... (Mirando á Amalia y pasando entre ésta y el Notario.) Y el señor Notario... Ja!... já! con sus anteojos!... (El Notario da un fuerte ronquido.) Uf! cómo roncan los notarios de la Vicaría!... Está dormido hasta la peluca... (Reparando en todos.) Qué veo! todos se han dormido al rededor de la escritura de esponsales... todos esperando al novio... (Tocando en el hombro á D. Prudencio.) Señor!.. vamos... despierte usted... Qué sueño más general...

PRUDENCIO. (Soñando.) Bárbaro!... no te burles.

DOMINGO. Bárbaro... Se acuerda de su yerno... De mí no puede ser... Yo me llamo Domingo... (Ronquido general.) Ah! Si los dejo se quedan así toda la vida... está amaneciendo!... es menester que lo sepan. (Cogiendo la campanilla y repicándola con fuerza.) Señores!... señores... Se abre la sesion!... Ya es de dia!

TODOS. (Despertando.) Aaah!

PRUDENCIO. (Vivamente.) Domingo! Y mi yerno, dónde está?

TODOS. El novio!...

AMALIA. Ha venido Antonio?

PRUDENCIO. (A Domingo.) Qué noticias traes?

DOMINGO. Eso iba yo á preguntar... entro ahora...

PRUDENCIO. (Mirando su reló.) Las siete! Qué tiempo hemos estado traspuestos?

DOMINGO. Traspuestos? Dos semanas...

PRUDENCIO. Bruto... Son las siete!

DOMINGO. Sí! pero yo creo que fué el mes pasado cuando se reunieron ustedes.

PRUDENCIO. Nada de bromas... el sueño es una necesidad natural... Qué sabes de D. Antonio Molido?

DOMINGO. Tres veces he estado en su casa... la primera fué á las diez y la portera estaba cenando... pregunté por don Antonio y me dijo: «Ha salido.»

PRUDENCIO. Bien, despues...

DOMINGO. La segunda vez eran las doce... La portera estaba en enaguas...

PRUDENCIO. Qué me importa á mí la portera?... Adelante.

DOMINGO. El señorito?... «No ha vuelto,» me contestó y se metió en la cama.

PRUDENCIO. La tercera?

DOMINGO. La tercera eran las tres y la portera estaba...

PRUDENCIO. Dale con la portera... Qué te dijo?...

DOMINGO. Que si volvia gritaria: «ladrones! ó me arrojaria un barreño de agua.

PRUDENCIO. (Con cólera.) Y es eso todo lo que tienes que decirme, imbécil? Mi yerno!... dónde está mi yerno?

TODOS. El novio!...

DOMINGO. Habrá que publicarle en el Diario!

PRUDENCIO. La noche en que tenia que tomarse los dichos... habernos tenido á todos... Este es un escandalo.

TODOS. Un escándalo!

(Domingo ayudado del otro criado apaga á las luces, arregla los muebles y abre los balcones.)

PRUDENCIO. Qué dice usted de esto, señor Notario?

NOTARIO. (Bostezando.) In... cre... aaah!... ible!...

PRUDENCIO. (Jesus! cómo ha dormido este hombre!) Señores... mis buenos amigos... yo suplico á ustedes Que me perdonen la mala noche que les... aaah... he hecho pasar.

TODOS. (Bostezando.) No hay... aaah! de qué.

PRUDENCIO. (Cómo bostezan!) Deben ustedes hallarse estenuados... Haber pasado siete horas... Yo estoy avergonzado... Pasen ustedes al comedor... un vaso de ponche... unas tostadas... algunos fiambres... repondrán á todos de la falta de sueño... Domingo! guia á los señores.

DOMINGO. Cuando ustedes gusten.

PRUDENCIO. Eso les confortará á ustedes... Yo voy á recorrer todo Madrid... incluso Chamberí... Es preciso que yo encuentre al novio...

TODOS. Preciso!

PRUDENCIO. Perdon!,.. Señores... mil veces perdon...

ESCENA III.

PRUDENCIO.—AMALIA.

PRUDENCIO. (Mirando al Notario que sale el último.) Me parece que el señor Notario ha de padecer de los remos... Vamos, hija, dame mis guantes... mi baston... mi sombrero...

AMALIA. Pero, papá... yo no conozco calma como la tuya... Nada te irrita... Aunque el mundo entero se venga abajo... tú permaneces tranquilo.

PRUDENCIO. Qué he de hacer?... Es preciso buscarle.

AMALIA. Ojalá que no volviera... Ya sabes que me caso con él solo por darte gusto... Un calavera...

PRUDENCIO. Pero, hija mia, está llamado á heredar el título de Conde de su tio... Ya sabes que yo quisiera verte Condesa.

AMALIA. Condesa sin estados!

PRUDENCIO. Tu padre tiene lo suficiente para que puedas ostentar tu título.

AMALIA. Pues, papá, despues de lo que ha hecho esta noche, yo creo imposible...

PRUDENCIO. Cálmate y sé lógica... La lógica sirve para todo.

AMALIA. Menos para hacer que un novio llegue á tiempo. Nos ha puesto en ridículo... Yo voy á desnudarme...

PRUDENCIO. Espera, razonemos antes un poco... ¿No parece claro, indudable, que si Antonio no se ha presentado á tiempo es...

AMALIA. Por qué?

PRUDENCIO. Porque no habrá podido.

AMALIA. En esos casos se avisa... se manda un recado.

PRUDENCIO. Es verdad; tú eres lógica...Se manda un recado... á menos que no se pueda mandar.

AMALIA. Eso no sucede nunca.

PRUDENCIO. Hija:, si tú hubieses estado como yo treinta y cinco años dedicada al comercio de la manguitería en los portales de la calle Mayor... Si como yo hubieses visto siete consti-

tuciones... y leido el *Diario de Avisos* todos los dias durante ese tiempo... y asistido al entierro de todos mis amigos y á todas las comedias de mágia... comprenderias que nada hay imposible en la naturaleza.

AMALIA. Ya empiezas con tus disculpas.

PRUDENCIO. Todos los dias acontece salir un hombre de su casa... de punta en blanco... almidonado de toda etiqueta... dirigirse á casa de su novia á firmar el expediente de los dichos y.. y de repente... enmedio de la calle... crac!...

AMALIA. Qué?

PRUDENCIO. Una teja... una chimenea... una maceta... un cochero que viene á pie...

AMALIA. Yo no creo en esas tejas que esperan el momento oportuno.

PRUDENCIO. Pues yo sí; y si esas no, cualquier otra causa le puede haber impedido... Anteayer nos escribió que su hermana Juana no podia asistir á la ceremonia... su hermana vive en Aranjuez... es muy posible que haya tomado el tren...

AMALIA. Pues no recuerdas que ha estado aquí esta noche á primera hora?

PRUDENCIO. Es verdad; estoy absurdo... En fin, yo corro á buscarle... Lo que es causa hay... eso es indudable... Nada sucede sin motivo... Cálmate hasta que yo vuelva, y procura distraer á nuestros convidados... Ponte al piano... tócales cualquier cosa alegre... el tango del Relámpago.

AMALIA. El tango á las siete de la mañana...

PRUDENCIO. El miserere del Trovador. (Se oye el ruido de un carruaje.) Calla! un carruaje para á la puerta... Es él... Gracias á Dios!

AMALIA. Si viene es que no ha muerto... Y si no ha muerto no tiene disculpa.

PRUDENCIO. Tú eres lógica... pero vas demasiado lejos en tus consecuencias... Calma!.. mucha calma! (Se dirije á la puerta del fondo.)

AMALIA. (Volviéndose y al ver á Luis.) Pero papá... Ah! no es él!

PRUDENCIO. (Contrariado.) Un desconocido?

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—LUIS.—Despues DOMINGO y el CRIADO.

LUIS. (Desde el umbral saludando con embarazo.) Don Prudencio Templanza?

PRUDENCIO. Servidor de usted.

LUIS. (Saludando.) Yo soy Luis Esperanza... (Aparte.) Ah! la novia... Qué bonita es... (Saludando.) Señorita...

AMALIA. (Aparte.) Qué simpático parece!

PRUDENCIO. Perdone usted caballero... pero deseo saber...

LUIS. Yo vengo como parlamentario... (Hagamos estilo...) Uno de mis mejores amigos... Antonio Molido...

PRUDENCIO. Mi yerno! Ah! Caballero!... (Con alegría cogiéndole la mano.) Cómo está?... Ha muerto!...

LUIS. Muerto no... Pero...

AMALIA. Le hemos estado esperando toda la noche...

PRUDENCIO. Sobre una silla...

LUIS. Ya se figuraba él... Por eso me ha encargado de que le excuse...

PRUDENCIO. Caballero, será difícil.

AMALIA. Imposible.

PRUDENCIO. Sí, muy difícil, si está vivo.(A Amalia.) (Ya ves que tengo energía!) No ha dormido en su casa... Lo sé por mi criado que ha visto tres veces á la portera.

LUIS. En cuanto á eso... la ha pasado en la mia... Fonda de Embajadores, cuarto número 15.

PRUDENCIO. Esa confesion le honra á usted. Hable usted pronto... algun accidente inesperado... Alguna teja?...

LUIS. Precisamente... una teja...

PRUDENCIO. (A Amalia.) Ah! No te dige?

AMALIA. Está herido?

LUIS. No señor... Porque la teja, como suele decirse... no cayó de lo alto?..

PRUDENCIO. No cayó de lo alto?.. No comprendo...

LUIS. Hablo en sentido figurado... Me explicaré...

PRUDENCIO. Si señor... falta hace.

LUIS. Veníamos juntos por la calle de la Montera... saltando de zanja en zanja... Ya sabe usted que hace tres años que no se puede andar por ella...

PRUDENCIO. Si.

LUIS. Nos dirigiamos á casa de usted... con el corazon henchido de alegría y los guantes puestos... cuando de repente, crac!

PRUDENCIO. Crac!... no lo dige?..

LUIS. (Con embarazo.) Una indisposicion... una indisposicion repentina...

PRUDENCIO. Sí, no hay causa sin efecto... Lo dige ayer cuando comió con nosotros... Mi yerno se atraca de ostras...

LUIS. No, no ha sido precisamente un cólico...

PRUDENCIO. Pues entonces...

LUIS. Ha sido... (Ah! Voto al diablo! Se me ha olvidado la enfermedad en que hemos convenido.)

PRUDENCIO. (Insistiendo.) Qué es, pues?...

LUIS. (Con embarazo.) Es... Usted sabe bien...

PRUDENCIO. Sí, comprendo...

AMALIA. Pero, acabará usted de decir?...

LUIS. (Por los clavos de Cristo!) Es una cosa terrible... difícil de pronunciar...

PRUDENCIO. Una nevralgia purulenta?

LUIS. No señor... no es tan fuerte...

PRUDENCIO. Un dolor de muelas agudo?

LUIS. Eso es...

PRUDENCIO. Complicado con una fluxion?

LUIS. En efecto. (Lo mismo da una cosa que otra.)

PRUDENCIO. Pues bien, caballero... Usted me creerá si gusta; lo mismo me sucedió á mí un dia que tuve que llevar una partida de plumeros á Fuencarral.

AMALIA. Pero papá, permíteme que diga, que esa no me parece disculpa.

PRUDENCIO. Hija, quién se casa con dolor de muelas?

AMALIA. Y por qué no ha avisado?

LUIS. Ah! señorita, cuando se tiene la cabeza en semejante estado...

PRUDENCIO. La pierde uno, que es lo mejor que puede hacer.

LUIS. Sin embargo de ese accidente, hemos venido á llamar tres veces á la puerta...

PRUDENCIO. Y nadie ha contestado?

LUIS. Nadie.

PRUDENCIO. Esos malditos criados serán capaces de haberse dormido, mientras nosotros estábamos en una silla.

LUIS. Cansados de llamar, nos volvimos á casa, donde ha pasado la noche envuelto en una capa con una manta á los pies.

PRUDENCIO. Excelente idea. Y no ha tomado *Le Roy*?

LUIS. No señor, por temor de que la pierna...

PRUDENCIO. Cómo! la pierna se ha interesado?

LUIS. (Recuerdo que la pierna es lo que le debe tener malo.) Horriblemente!

PRUDENCIO. Todo está en la naturaleza. Un dia que me dirigia yo á Carabanchel...

AMALIA. Y cómo tiene la cara?

LUIS. Como un melon... chino.

AMALIA. Estará gracioso.

PRUDENCIO. Vamos á verle... á consolarle... ¿Sigue en su casa de usted envuelto en la capa y con la manta á los pies?

LUIS. No; ha preferido venir... y está abajo en el coche esperando su sentencia.

PRUDENCIO. Su sentencia? Un hombre con un flemon está siempre perdonado... Pronto, hija, vamos á buscarle. (Se dirigen al fondo.)

LUIS. (Caramba, sin haberle prevenido...) Deténgase usted.

PRUDENCIO. Qué?

LUIS. Yo temo que al ver á usted... la emocion... la alegría...

PRUDENCIO. Es verdad, podria ponerse peor.

LUIS. Yo mismo corro...

PRUDENCIO. No se incomode usted. Domingo! Ciriaco! (Domingo y el

criado aparecen.) Domingo, á la puerta encontrarás en un coche á un caballero con la cara hinchada...

DOMINGO. Ya! Un caballero hinchado.

PRUDENCIO. Eso es. Sin hablarle una palabra ¿entiendes? lo subís en brazos con las mayores precauciones. (Vánse los criados.)

LUIS. (Pero si ellos le ven antes de que yo le ponga al corriente!...) (Como herido de una idea.) Caballero, será preciso preparar hilas, compresas, una almohada.

PRUDENCIO. En seguida. (Con viveza.) Amalia, manda preparar una cataplasma de miga de pan. Yo voy á hacer unos clavos de hilas. (Prudencio y Amalia salen por la derecha.)

ESCENA V.

LUIS.—Despues ANTONIO con DOMINGO y el CRIADO.

LUIS. Gracias á Dios! corro á advertirle... (Al dirigirse al fondo se detiene al ver á Antonio que entra sostenido por los dos criados; y le acerca una silla.)

ANTONIO. (Andando con mucho trabajo y con una voz doliente.) Ay!... Gracias, amigos, gracias... Ay!

DOMINGO. Apóyese usted sobre mí, señorito...

LUIS. Está bien, ya podeis retiraros.

DOMINGO. (Mirando á Antonio.) Vaya un novio!

ANTONIO. (Mientras los criados se retiran.) Ay, mi pierna! (Se sienta.) (Luis acercándose á Antonio y bajo le toma el sombrero y le pone sobre el cesto de costura. Antonio observa y se acerca Luis.)

LUIS. No es la pierna... tienes una fluxion!

ANTONIO. Una fluxion!

LUIS. Me olvidé del reuma... y dige que tienes la cara hinchada como un melon.

ANTONIO. Pero animal!...

PRUDENCIO. Ah! ya veo á mi yerno!...

LUIS. (Vivo.) Ya están aqui... Es menester que te se hinche la cara... ó estamos perdidos...

ANTONIO. Que se me hinche la cara? Pero cómo hago yo ese milagro?...

LUIS. Toma! trágate ese ovillo.

ANTONIO. Cielos! Voy á estar bueno. (Tomando un ovillo de estambre del cesto de la costura, Antonio lleno de espanto se mete el ovillo en la boca y se le coloca al lado izquierdo: toma aire despavorido y se coloca al lado de Prudencio y Amalia, que seguidos de los convidados entran por la derecha. Prudencio trae en la mano vendas é hilas.)

ESCENA VI.

DICHOS.—PRUDENCIO.—AMALIA.—CONVIDADOS.—
Despues.—DOMINGO.—Luego EL CRIADO.

(Prudencio va delante con un ancho vendaje en la mano. Los convidados con un movimiento de asombro al ver como está.)

PRUDENCIO. Aquí está, amigos mios; por fin ha parecido.

TODOS. Oh!

PRUDENCIO. No hay que hacer caso... es una fluxion terrible.

AMALIA. (Dios mio! qué feo está!)

ANTONIO. (Saludando y con voz inarticulada.) Heun!... heun!... heun!... Señori... ta...

LUIS. Presenta á usted sus escusas...

PRUDENCIO. (Acercándose con la venda.) Vamos... ánimo... voy á poner á usted una venda para evitar el aire...

ANTONIO. (Oponiéndose.) Heun... heum!

PRUDENCIO. Nada... nada... es preciso... (Se la pone.) Pero qué desarrollo... tan atroz... (A los convidados.) Miren ustedes... es una cosa en extremo curiosa...

TODOS. (Mirando á Antonio.) Ah!

PRUDENCIO. Debe usted tener alguna muela picada... Veamos... abra usted la boca... una luz.

ANTONIO. (Levantándose rápidamente y resistiéndose.—Un convidado pone una silla en medio.) Heun... heun!...

LUIS. (Diablo! Le van á ver el ovillo.)

PRUDENCIO. No está maduro... no es tiempo aun...

ANTONIO. (A Amalia con voz inarticulada.) Heun!... Se... no... rita... crea... usted... que... es.. hoy... aver... gon... za... do... de... una... falta!... (Se entrega á una pantomima animada; se lleva la mano á la megilla y despues al corazon.)

AMALIA. Yo no comprendo...

PRUDENCIO. (A Luis.) Qué es lo que dice?

LUIS. Se está disculpando... y pide á esta señorita permiso para besarla la mano.

AMALIA. Con esa figura? (Se va hácia el fondo.)

PRUDENCIO. Pero, hija mia... lógica... lógica ante todo. (Se dirige á ella. Los convidados le siguen. Antonio aprovechándose de este movimiento se saca el ovillo de la boca y dice á Luis con rabia.)

ANTONIO. Ah! yo me ahogo... Bárbaro!... tunante!... verdugo!...

LUIS. Me gusta... Esas son las gracias que me das? (Con asombro y al ver que Prudencio y los convidados se acercan, le dice.) Ah! cuida de tu mejilla!... pronto!... Vuélvete á hinchar... (Antonio se vuelve á meter el ovillo, pero se equivoca y se le pone al lado derecho.)

PRUDENCIO. (Trayendo á su hija.) Yo te aseguro que se le pasará pronto... (Al reparar que se le ha pasado la hinchazon al otro lado.) Jesus! mira!

LUIS. (Mirando á Antonio.) (Se ha equivocado de megilla.)

PRUDENCIO. (Con asombro.) Oh! es una cosa maravillosa! Repentinamente... antes era la megilla izquierda y ahora... es la derecha...

ANTONIO. Oh! (Haciendo señas de que el mal ha cambiado de sitio.) Hem!... hem! hem!

LUIS. Pero ha visto usted? Yo creo que es una buena señal.

PRUDENCIO. Todo se explica... es que la fluxion se pasea...

LUIS. Como el reuma...

PRUDENCIO. Todo es posible en la naturaleza... Pero esa protuberancia no estorba para que firme el expediente...

AMALIA. El expediente!... no... no... papá... Yo no quiero que firme mientras tenga esa figura de... sainete. (Se aparta.)

ANTONIO. (Acercándose y suplicándola.) Amalia... yo ruego á usted... yo...

Ay! (Se finge acometido de un fuerte acceso de tos.—Todo el mundo le rodea.)

LUIS. (Con terror.) Dios mio!... Se vá á tragar el ovillo!

PRUDENCIO. (Sosteniendo á Antonio á quien hace avanzar y dándole golpes en la espalda.) Tosa usted... tosa con libertad... más firme... Es una crísis... Habrá que sangrarle.

ANTONIO. (Que se ha puesto un pañuelo en la boca arrojando el ovillo y calmándose.) Ah! ya pasó!

PRUDENCIO. Se siente usted mejor?... (Mirándole.) Cielos!

TODOS. Qué?

PRUDENCIO. (Señalando la megilla de Antonio.) Ya nada!

TODOS. Ah!

PRUDENCIO. Era una fluxion nerviosa... una nervi... infli... fluxionitis... y la emocion le ha curado... Lo mismo me sucedió á mí en Getafe.

ANTONIO. Ah, qué placer! qué desahogo siento!

AMALIA. (Ojalá que no se hubiera curado!)

PRUDENCIO. (Maravillado.) Prodigioso!...

LUIS. Gracias á que no le ha visto ningun médico.

PRUDENCIO. Es verdad!

ANTONIO. Oh! ya respiro!... (Con alegria.) ya puedo hablar!... He pasado un rato... (A Amalia.) Ya puedo decir á usted cuanto la amo .. cuanto siento... (Domingo mira y se queda en segundo término.)

PRUDENCIO. Puesto que ya desaparecido el mal, nada puede impedir... Dónde está el señor notario?

DOMINGO. Está almorzando todavía... Ahora llega á la quinta tostada.

PRUDENCIO. Gracias á Dios que va á verificarse...

CRIADO. (Anunciando.) La Señora Doña Juana Molido!

ANTONIO. (Lleno de asombro.) Mi hermana!

PRUDENCIO. No dijo usted que no podia venir?...

LUIS. Acabará de llegar de Aranjuez.

ANTONIO. Pero sin avisarme?... Me sorprende!

PRUDENCIO. Voy á recibirla.

ANTONIO. Yo iré. Elena!... (Se dirige al fondo. Aparece Elena en el fondo. Antonio se queda petrificado al verla.)

LUIS. Oh! Qué miro? Esto sí que es una fluxion de veras.

ESCENA VII.

DICHOS.—ELENA.—Despues EL NOTARIO.

PRUDENCIO. (Con mucha amabilidad.) Mi señora doña Juana!... Qué sorpresa tan agradable! Despues de su estimada del 22 no esperábamos esta dicha...

ANTONIO. (No me atrevo á mirarla.)

ELENA. (Con intencion.) En efecto: yo no contaba tampoco con el placer de asistir á una fiesta de familia tan interesante.

PRUDENCIO. Y el pequeñuelo, se alivió del sarampion?

ELENA. Si señor... Pero pienso aplicarle un remedio que le curará muy pronto.

PRUDENCIO. Cuánto me alegro!

ELENA. (A Prudencio.) Y los plumeros y los manguitos... cómo siguen?

PRUDENCIO. Ya no egerzo... Me retiré del comercio.

ELENA. Lo celebro en el alma.

PRUDENCIO. Es encantadora.

ANTONIO. (Yo tiemblo.)

LUIS. (Yo palpito.)

PRUDENCIO. (A Antonio.) Y bien, yerno, no abraza usted á su hermana?

ANTONIO. La emocion, el placer, no me dejan...

ELENA. (Dirigiéndose á él.) Este pobre chico... se conmueve tan pronto... Ah! Tienes unas mejillas que causan miedo.

ANTONIO. (Acercándose con ademan de abrazarla. Bajo.) Qué vienes á buscar aquí?

ELENA. (Con voz terrible.) Dos cuartos de venganza!...

LUIS. (La pantera afila sus uñas.)

ELENA. (Mirando á Luis.) Calla! Yo creo que he tenido ya el placer de ver á este caballerito en mi casa... en Barcelona... con mi hermano... No es verdad?

LUIS. (Con embarazo.) Todo es posible.

ELENA. (Bajo.) Galopin!... (Alto á Antonio.) Pero vamos, hermanito, preséntame á tu futura.

PRUDENCIO. (Tomando de la mano á su hija.) Amalia, hija mia... abraza á esta señora.

AMALIA. Voy, papá.

ELENA. Oh! qué criatura tan deliciosa! (Parece una cigüeña. Si pudiera ahogarla!) (La abraza convulsivamente.)

AMALIA. (Dando un grito.) Ah!...

ELENA. Perdone usted... he apretado un poco!... La amo á usted tanto!

ANTONIO. (Yo creí que la habia mordido.)

PRUDENCIO. (A Elena.) Harán un matrimonio feliz!... Se adoran!

ELENA. (Con un movimiento convulsivo y seco.) Ah!... es un matrimonio de amor?

PRUDENCIO. Ya lo creo!... su hermano de usted está muerto por ella.

ELENA. (Con agitacion pasando al lado de Antonio.) Ah!

PRUDENCIO. (Qué gestos hace.)

ANTONIO. (Bajo á Elena.) No lo creas; es una boda de conveniencia. (Elena le pincha y le hace dar un grito.) Ay! (Me ha clavado un alfiler!) (Asombro general.)

PRUDENCIO. Qué es eso?

ANTONIO. Nada.

LUIS. (Sopla! algun pellizco... Ya empieza la nube.)

ANTONIO. Una punzada en la boca.

PRUDENCIO. La fluxion que vuelve. (A Elena.) Usted no sabe la noche que ha pasado?

ELENA. De veras?

PRUDENCIO. Toda ella en una silla... envuelto en una capa y con mantas en los pies. Esto ha impedido que se firme la escritura.

ELENA. Ah!... ¿es decir que llego á tiempo?

PRUDENCIO. Sí, señora... llega usted providencialmente: el notario está ahora.

ELENA. (Con un sacudimiento nervioso ridículo.) Ah!

PRUDENCIO. Qué es eso? le va á dar á usted...

ELENA. (Con crispaciones.) El notario está... fuera... redactando la escritura?

PRUDENCIO. Sí señora... en este momento llega á la quinta tostada. (Bajo á Antonio.) ¿Su hermana de usted padece convulsiones?

ANTONIO. Está un poco tocada de los nervios.

PRUDENCIO. (Con espanto.) Todo se explica! (Alto.) Amigo Luis... deseo...

LUIS. Qué manda usted? (Pasando por delante de Elena para acercarse á don Prudencio.) Con permiso...

PRUDENCIO. ¿Me hace usted el favor de decir al señor notario que se digne concluir?

LUIS. Con mucho gusto... (Al dirigirse á la puerta Elena le pincha.) Ay! (Dando un grito.)

PRUDENCIO. Qué le pasa á usted?

LUIS. Nada... Creo que me ha picado una avispa. (Sale por la derecha.)

PRUDENCIO. Todo se explica!..... Todo está en la naturaleza.

ELENA. (A Prudencio.) Amigo mio... usted me permitirá que hable un minuto con Antonio... Hace tanto tiempo que no le veo...

PRUDENCIO. Con sumo gusto... (Se acerca á los convidados. Amalia le sigue. Elena se dirige á Antonio.) Ah! bribon... ya me tienes aquí... Estás contento?

ANTONIO. (A media voz.) Elena, qué piensas hacer... dar un escándalo?

ELENA. Tremendo! Los sordos nos han de oir!

ANTONIO. Pero considera que tú serás quien pierda...

ELENA. No lo creas... yo quedaré como quien soy... Será un escándalo de nueva especie... en el que yo no pierda nada.

ANTONIO. Considera...

ELENA. Es tarde! Te doy cinco minutos para romper con ese viejo estafermo.

ANTONIO. Elena!... por San Pedro!

ELENA. He dicho. Es mi ultimatum. O deshaces tu casamiento, ó yo me encargo de ello.

LUIS. (Entra por la derecha el notario que viene limpiándose los dientes.) Aquí está el señor notario. (Movimiento general. Todos se levantan. Domingo y el criado entran por el fondo. A una órden muda de Prudencio colocan las sillas y el velador en la misma disposicion que tenian al comenzar el acto. El notario dispone los papeles.)

PRUDENCIO. (Colocándose en medio.) Alabado sea Dios! Ya ha concluido su quinta tostada, y vamos á proceder á la firma de la escritura.

ELENA. (A Antonio.) Cinco minutos!

ANTONIO. Imposible!

ELENA. Te juro que no firmarás.

ANTONIO. Firmaré.

ELENA. Ya lo veremos.

PRUDENCIO. La señora doña Juana cerca de mi hija. (La conduce á la izquierda y la sienta cerca de Amalia.)

LUIS. (A Antonio.) Cómo es que la pantera no ruge?

ANTONIO. Ya rugirá.

PRUDENCIO. Mi yerno á mi lado. (Pasando á la derecha.) Señor de Esperanza... Señores... Tomen ustedes asiento. (Todos lo van egecutando. Luis se pone detras de la silla de Antonio.) Ya llegó el momento solemne. El señor notario tiene la palabra.

NOTARIO. (Leyendo.) «En la villa y córte de Madrid...»

ELENA. (Mirando su reló.) Cinco minutos! (Alto tosiendo.) Hum! hum! (Le enseña los cinco dedos á Antonio.)

PRUDENCIO. (Bajo á Antonio.) Amigo mio, su hermana de usted le hace señas.

ANTONIO. No haga usted caso. Son los nervios.

PRUDENCIO. (Todo se explica!) (Alto.) Tiene la palabra el señor notario.

NOTARIO. «Ante mí, don Ciriaco Cerezo Cerote y Cerilla...»

PRUDENCIO. Adelante, adelante.

ELENA. (Mirando su reló y tosiendo, le enseña dos dedos á Antonio.) Hum!

PRUDENCIO. (Bajo á Antonio.) Otra vez... Ahora dice que son dos.

ANTONIO. Está un poco de la cabeza...

PRUDENCIO. Hola!... Eso se explica... En Alcorcon conocí yo... Continúe usted, señor notario.

NOTARIO. «Comparecieron don Antonio Molido...»

ELENA. Chist!... (Se levanta. Silencio general. Todos la miran con asombro. Se dirige misteriosamente pasito á pasito al notario, que la vé venir con la boca abierta y como lleno de espanto; le arranca un cabello de la peluca: avanza despues al foro con gran misterio, sopla el cabello, y sigue su vuelo con la mirada. Estupefaccion general.)

TODOS. Oh!

NOTARIO. Gracias, señora.

PRUDENCIO. (Asustado á Antonio.) Qué es esto?

ANTONIO. No se asuste usted. La fué muy mal con su marido, y siempre que se trata de estos actos pierde el juicio.

LUIS. (Bajo á Antonio.) Chico, qué pensará hacer la fiera?

PRUDENCIO. Todo se explica... Lo mejor es la dulzura. (Se dirige á ella.) Sufre usted mucho?

ELENA. (Con desvario.) Murió ahorcado!

PRUDENCIO. (Si se referirá al difunto?) Sí, lo comprendo. (La conduce de la mano á su silla: ella se sienta naturalmente y como si nada hubiese pasado.) Señores, es muy curioso...

LUIS. (A Antonio.) Quieres que vaya á llamar á un médico?

ANTONIO. No, se la pasará. (Bajo.) Mejor fuera que llamases á la guardia del principal.

PRUDENCIO. Continúe usted, señor notario.

ELENA. Ah! esto no basta. Es preciso obrar con más energía.

NOTARIO. «Don Antonio Molido!»

ELENA. (Se levanta repentinamente: avanza al medio de la escena y empieza á tararear un bailete del Macbet ó cualquiera otra cosa análoga. Todo el mundo se levanta y la sigue con la vista fija en ella.)

PRUDENCIO. (Dirigiéndose á ella con ridícula dulzura.) Qué aire quiere usted que se toque?

ELENA. Ah! ya le cogí... (Tararea con más viveza y empieza á bailar graciosamente al rededor de don Prudencio que la contempla alelado. Se detiene de repente á la conclusion de una estrofa, hace una graciosa reverencia á don Prudencio, y vuelve á sentarse en su silla como si nada hubiese sucedido. Durante esta escena Luis y Antonio han abandonado sus asientos y el primero se ha puesto al extremo opuesto, y el segundo al lado de don Prudencio.)

TODOS. Oh!

PRUDENCIO. Inaudito... inaudito!... todo se explica...

NOTARIO. Incre... haaa... ible!...

PRUDENCIO. (A Antonio.) Está loca... completamente loca.

ANTONIO. (Sofocado.) Pues crea usted que lo peor es contradecirla.

PRUDENCIO. Todo se explica...

AMALIA. (Acercándose á don Prudencio.) Papá, tengo miedo.

ANTONIO. (Bajo.) Y yo tambien, hija mia. (Pateando.) (Maldito sea Capellanes!)

PRUDENCIO. Y bien, señores, yo estoy completamente tranquilo. Nada me sorprende. (A su hija.) Siéntate á mi lado. (A los convidados.) No se levanten ustedes, señores... Es peor. Lo mejor es dejarla. (Todos se sientan.) Continue usted, señor notario.

NOTARIO. (Leyendo con voz temblona.) «Don Antonio Molido!»

ELENA. (Levantándose y dando un grito terrible.) Ah!!

TODOS. (Levantándose espantados.) Qué?

ELENA. (Con exaltacion.) Aparta, pálida sombra! No soy yo!... yo no he insultado al Dux!...

TODOS. Al Dux!.. (El notario abandona la mesa: Domingo y el criado que han permanecido en el fondo, la retiran y arreglan las sillas. Los convidados se colocan á distancia de Elena.)

ELENA. (Dirigiéndose á don Prudencio.) Marino Faliero! Tú mientes!

PRUDENCIO. Yo, Marino Faliero?.. Si soy Prudencio Templanza, excomerciante de manguitos.

LUIS. (A Antonio que está avergonzado.) Chico, el trueno gordo.

ELENA. (Designando al notario y á los convidados.) El consejo de los diez... de Venecia... uno... dos... cuatro... (Con fuerza.) Quién os ha robado la vergüenza?... Miserables!... (Enseñándoles un pañuelo.) Con esta cadena ahogásteis al leon de San Márcos!... le habeis vendido al Austria por un plato de caracoles! (Todos la miran con terror.)

PRUDENCIO. (A Antonio.) Es imposible que celebremos hoy la ceremonia. Es menester volver á su hermana de usted al seno de su familia.

ANTONIO. Pero y mi casamiento?

PRUDENCIO. Dentro de tres dias en Albacete, en casa de la tia de Amalia. Le esperamos á usted en Alcázar de San Juan. Hoy mismo partimos.

ANTONIO. No faltaré.

ELENA. (A Prudencio.) Qué murmuras por lo bajo, zorro viejo?

PRUDENCIO. No, hija mia, soy Prudencio.

ELENA. Tú eres don Simplicio Bobadilla... Te reconozco en la nariz.

PRUDENCIO. Tan larga la tengo?

ELENA. (A Antonio cogiéndole la mano.) Rinaldo... Rinaldi... si te quedas aqui te matarán... ven... ven... huyamos á Venecia...

ANTONIO. Sí, huyamos.

PRUDENCIO. (Bajo á Antonio.) Se cree en Venecia. No la contradiga usted.

ELENA. (A Prudencio.) Oyes el canto del gondolero?

PRUDENCIO. Sí; la góndola te espera.

ELENA. (Bajo á Antonio.) Qué dices de esto, tunante?

ANTONIO. Que tú me la pagarás.

ELENA. Calla... (Graciosamente á Prudencio.) Papá, muchas cosas á tus plumeros. (Le coge bruscamente á Prudencio y le hace dar una vuelta por el teatro al paso militar.) Paso redoblado, arrch!!! (Al llegar cerca de los criados le hace girar sobre sus talones y deja caer á los tres, unos sobre otros en el sofá. Toma de repente la badila de la chimenea. A Prudencio que trata de levantarse.) Tú eres el conde don Julian... Traidor!... vas á morir á mis manos! (Le amenaza.)

PRUDENCIO. (Corriendo por el teatro.) Esto sí que no se explica.

ELENA. (Persiguiéndole.) Miserable! (Prudencio se cubre de repente con el notario, á quien toma por escudo. Elena tratando de buscarle el cuerpo.) No te cubras con el obispo de Opas. Todos quedareis sepultados bajo las ruinas. (Todos los convidados huyen en tropel. Prudencio y el notario huyen por la derecha. Elena enmedio del teatro cogiendo la mano á Antonio que trata de escapar.) Ya eres mio! Ya me he vengado!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala grande en una casa posada de Alcázar de San Juan. Puerta principal en el fondo. Dos á la derecha: se lee encima de la del primer término número 10, y en la del segundo número 9. Al frente otras dos con los números 7 y 8 por el órden correspondiente. En el segundo término de este lado una alacena y sobre ella una escopeta de caza. Cerca de la puerta primera de la derecha, una mesa de pino y á su alrededor tres sillas de Vitoria. Cuadros con estampas, toscamente iluminadas; sillas ordinarias y taburetes en el resto de la escena.

ESCENA PRIMERA.

DON PRUDENCIO.—LUIS.—AMALIA.

PRUDENCIO. Ya ha pasado el primer tren y tu novio no ha parecido. Empiezo á inquietarme.

AMALIA. Déjalo, papá. Ya vendrá si es de ley.

LUIS. (Suspirando.) Sí, vendrá. (Por mi desgracia.)

AMALIA. Lo que es yo maldito si me apuro por su tardanza, y aun cuando no viniera nunca... Ay, perdone usted, Luisito: habia olvidado que es usted su mejor amigo.

LUIS. No importa... es decir: soy su amigo; pero no por eso debe usted tener reparo en... Yo... Usted... Ah! (Suspira y mira con ternura á Amalia que baja los ojos.)

PRUDENCIO. Hija mia, es preciso que no hables de ese modo del que tiene que ser tu marido.

AMALIA. (Con disgusto.) Mi marido!

LUIS. (Suspirando.) Oh!

PRUDENCIO. La cita era para hoy en este pueblo. Qué opina usted de esta tardanza, Sr. D. Luis? Se le habrá olvidado?

LUIS. Eso no es posible... Yo creo que por efecto de alguna tempestad.

PRUDENCIO. Tiene usted razon. Me cogió á mí una de esas atravesando los montes del Pardo para ir á Colmenar.

AMALIA. Por qué no vamos á esperarle á la quinta de mi tia, puesto que no está más que media legua de aquí?

PRUDENCIO. Porque quiero que tu tia te vea entrar agarrada del brazo de tu futuro. Una entrada solemne!

AMALIA. Y qué vamos á hacer hasta que venga ese caballero?

LUIS. Le esperaremos comiendo.

AMALIA. Bien pensado.

LUIS. Y luego saldremos á dar una vuelta en borricos.

AMALIA. Cómo ayer en Tembleque? Cuánto nos vamos á divertir!

LUIS. Así le parecerá á usted menos largo el tiempo que tarde en llegar su futuro.

AMALIA. Con tan buena compañía me parecerá corto, y puede tardar en venir lo que quiera.

LUIS. Señorita...

AMALIA. Es usted tan amable!

LUIS. Si no le incomoda á usted mi presencia, no me separaré de usted un solo instante.

AMALIA. Al contrario!

PRUDENCIO. Me parece bien: ya que su amigo es tan poco exacto, debe usted reemplazarle, sustituirle... es decir... nada mas natural.

AMALIA. Ya lo creo!

LUIS. Así pudiera reemplazarle en todo!

AMALIA. Ah!!

PRUDENCIO. Posadero! (Dando golpes en la mesa.)

ESCENA II.

DICHOS.—VARACORTA.

VARAC. Qué se ofrece, nuestro amo?

PRUDENCIO. Quisiéramos comer.

VARAC. Pues pida usted por esa boca.

PRUDENCIO. Qué hay?

VARAC. De todo cuanto Dios ha criado en el mundo.

PRUDENCIO. No es poco milagro encontrar de todo en una posada de Alcázar de S. Juan.

VARAC. Con esto del fiero-carril, se detienen algunos pasajeros y es preciso tener preparado...

PRUDENCIO. Pues que nos sirvan unas perdices.

VARAC. Perdices! Miste qué casualidad! Con la lluvia de ayer no ha salido ningun cazador, y no se ha encontrado ninguna perdiz en la plaza ni por un ojo de la cara.

PRUDENCIO. Vaya por Dios!

VARAC. Pero de perdiz abajo, pida usted lo que quiera.

PRUDENCIO. Venga un par de gallinas.

VARAC. Gallinas! qué me ha ido usted á nombrar? Hijas de mi corazon! Si casi se me saltan las lágrimas!

PRUDENCIO. Pero, qué le aflige á usted de ese modo?

VARAC. Ay! señor, que una de estas noches pasadas, no sé cómo ni por dónde, entró una garduña en el gallinero y me las degolló todas.

PRUDENCIO. Vaya por la garduña!

VARAC. Pero de gallinas abajo...

PRUDENCIO. Saque usted unos pollos.

VARAC. Con que no respetó la maldita alimaña á las madres, y quiere usted que se hubieran salvado los hijos?

PRUDENCIO. Es verdad. Cenaremos unas magras.

VARAC. De cerdo, eh?

PRUDENCIO. Vaya una pregunta!

VARAC. Se hace en casa un adobo... Pero ogaño no se pudo matar.

PRUDENCIO. Hombre!

VARAC. Con el parto de la muger, y la enfermedad de la yegua...

PRUDENCIO. Hay merluza?

VARAC. Bacalao, querrá usted decir?

PRUDENCIO. Dios me libre! Merluza, merluza.

VARAC. No señor: como nadie la compra y se pasa corriendo.....

PRUDENCIO. Apechugaremos con el bacalao.

VARAC. Lo que es ahora... Si hubieran venido ustedes en tiempo de cuaresma...

PRUDENCIO. Entonces hubiera ganado el cielo... á fuerza de ayunos... Que nos frian unos huevos.

VARAC. No he dicho ya que no tengo gallinas.

PRUDENCIO. Por vida de!... Quiere usted decirme qué comen los que paran en su posada?

VARAC. Toma!... Comen lo que hay.

PRUDENCIO. (Con rábia.) Pero qué hay?

VARAC. De todo; pero pide usted unas gollerías...

PRUDENCIO. Que nos hagan unas sopas de ajo.

VARAC. Al instante. Si hubiera usted principiado por ahí...

PRUDENCIO. Oiga usted! Cómo se llama esta posada... para no volver á poner los piés en ella?

VARAC. La posada de la Liebre.

PRUDENCIO. Pues diga usted que nos sirvan la muestra con tomate. Entretanto voy á pasearme por la estacion, para averiguar cuándo viene el tren. (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

LUIS.—AMALIA.

AMALIA. Vaya un capricho el de papá! Querer que esperemos á un hombre que nunca llega á tiempo, en una posada donde solo se pueden comer sopas de ajo.

LUIS. Sopas! Sopas! Ah! Yo consentiria en no tomar otro alimento que ese en toda mi vida, con tal de vivir á su lado de usted, contemplar ese rostro...

AMALIA. Nada más fácil que verme cuando á usted le parezca. Usted es amigo de papá y de mi futuro tambien...

LUIS. Imposible!

AMALIA. Por qué?

LUIS. Porque yo no podré sobrevivir á su casamiento de usted; porque la amo á usted con toda mi alma.

AMALIA. Qué dice usted, Luisito?

LUIS. Que este sentimiento me quita la razon y no sé qué hacer... Ah! permítame usted... me faltan palabras y solo sé expresarme de este modo... (La coge una mano y se la besa con ardor.)

AMALIA. Cuando voy á casarme con otro!... Qué hace usted, caballero? Por dónde empieza usted?

LUIS. Por donde los demás concluyen.

AMALIA. Ah! que viene gente...

ESCENA IV.

DICHOS.—VARACORTA—A poco PRUDENCIO.

VARAC. El Sr. D. Prudencio?

LUIS. AMALIA. } Ah! (Separándose.)

VARAC. Es alguno de ustedes D. Prudencio Templanza?

PRUDENCIO. (Sale con el sombrero.) Qué se ofrece?

VARAC. Esta carta.

PRUDENCIO. A ver: «D. Prudencio Templanza, calle de Milaneses, núm. 7, Madrid, ó en donde se halle.» Más abajo: «Alcázar de San Juan.» Para mí es.

VARAC. (Yéndose.) Diquia luego.

ESCENA V.

DICHOS, menos VARACORTA.

PRUDENCIO. (Abriendo la carta.) «Sr. D. Prudencio, renuncio á la mano de su señora hija de usted.»

LUIS. AMALIA. } (Con alegría.) Ah!

PRUDENCIO. «Disponga usted de ella como mejor le parezca. Todo ha concluido entre nosotros.» (A su hija.) Nos da calabazas!

AMALIA. Qué gusto!

LUIS. Qué felicidad!

PRUDENCIO. «P. D. Rompa usted esta carta sin leerla.»

AMALIA. Se burla de usted!

LUIS. Quién lo duda! Eso es indigno!

PRUDENCIO. Al fin sobrino de un aristócrata! Hacernos viajar para darnos calabazas!

LUIS. (Tomando una súbita resolucion y poniéndose los guantes.) Caballero!

PRUDENCIO. (Triste.) Qué quiere usted, amigo mio?

LUIS. Espere usted, que me estoy poniendo los guantes.

PRUDENCIO. Para qué?

LUIS. (Colocándose en una postura afectada.) Sr. D. Prudencio, si obligado por la delicadeza y la amistad he cubierto mi corazon hasta ahora con el tapa-boca del disimulo...

PRUDENCIO. Pero, de qué tapa-boca habla usted?

LUISA. Hoy, que el que fué mi amigo, ha retirado su candidatura, tengo el honor de pedirle á usted la mano de su hija y única heredera.

AMALIA. (Vivamente.) Concédesela, papá.

PRUDENCIO. Caballero, esa peticion me honra. Qué carrera ha seguido usted?

LUIS. Yo? (Con aplomo.) Ninguna.

PRUDENCIO. Es usted artista? Comerciante?

LUIS. No señor.

PRUDENCIO. Periodista?

LUIS. Tampoco.

PRUDENCIO. Pero usted tendrá algunos conocimientos?

LUIS. Ningunos.

PRUDENCIO. Capitalista? Propietario?

LUIS. Nada.

PRUDENCIO. Entonces, cuál es la posicion que usted ocupa?

LUIS. La mejor: no sé nada, no tengo nada, ni espero tener nada; de manera que estoy en la mejor posicion del mundo, para ser y tener lo que Dios me depare.

PRUDENCIO. Es verdad. Pues señor, vistas las cualidades que á usted le adornan, yo accedo...

AMALIA. (Abrazándole.) Mi querido papá!

LUIS. (Idem.) Mi querido suegro!

ANTONIO. (Dentro.) En el comedor? Bien.

TODOS. (Separándose.) Ah!

PRUDENCIO. Mi yerno!

LUIS. Antonio!

AMALIA. Dios mio!

ESCENA VI.

DICHOS.—ANTONIO.

(Antonio entra vivamente por el fondo, en trage de viaje. Trae una maleta que arroja en la silla más próxima que encuentre.)

ANTONIO. (Con alegría.) Aquí están!

TODOS. El!

ANTONIO. (Queriendo abrazar á todos y ellos rechazándole.) Mi querido papá!

PRUDENCIO. Caballero!

ANTONIO. Señorita...

AMALIA. Caballero!..

ANTONIO. Dime tú, Luis.

LUIS. Caballero!..

ANTONIO. (Asombrado, pero riéndose.) Pero, qué sucede?

PRUDENCIO. Se atreve usted á presentarse despues de haberme escrito esta carta?

ANTONIO. Ah! (Rie.) Pero no ha leido usted la posdata?

PRUDENCIO. Sí señor; pero despues de haber leido la carta.

ANTONIO. Tiene usted razon: debí ponerla en el encabezamiento.

PRUDENCIO. Qué viene usted á hacer aquí?

ANTONIO. Vengo á casarme con su hija de usted.

TODOS. Eh!!!

AMALIA. Despues de la carta?..

ANTONIO. Pero no comprenden ustedes lo que ha sido?

TODOS. No.

ANTONIO. (Rie.) Esa carta es un medio imaginado por mí, para engañar á mi hermana. (Poniéndose triste de repente.) Mi pobre hermana... que tan desgraciada fué en su matrimonio!

PRUDENCIO. Con que su cuñado de usted?..

ANTONIO. Era un americano, acostumbrado á azotar á los negros, y que no distinguia de colores...

PRUDENCIO. Comprendo.

ANTONIO. Así es que mi pobre hermana se horripila y hasta pierde el sentido con solo oir hablar de matrimonio. Usted mismo ha podido ver los efectos.

PRUDENCIO. Sí, sí: ya he visto que me ha llamado faldero ó Faliero; pero nada de eso me explica su tardanza de usted.

ANTONIO. Mi tardanza! señor don Prudencio, tengo el honor de participarle á usted, que si mi boda no se efectúa hoy mismo, acaso tenga que retardarse por mucho tiempo, pues mi ilustrísimo tio el señor conde del Alcornoque, está casi espirando: y si muere antes de...

PRUDENCIO. Con que va usted á ser Conde? No vaya usted á creer que yo doy importancia á esas fruslerías... Ya decia yo que mi yerno... Almorzará usted con nosotros?

ANTONIO. Gracias.

AMALIA. (Qué fastidio!)

LUIS. (Qué fatalidad!)

PRUDENCIO. Con que su pobre hermana de usted?.. Y qué ha hecho usted de ella?

ANTONIO. La he dejado en Madrid. Confio en que ahora no nos incomodará.

LUIS. (Dónde la habrá metido? Si yo pudiera averiguarlo?)

ANTONIO. Con que lo dicho. Es preciso no perder un instante.

PRUDENCIO. Ni un minuto siquiera. Nos iremos á la quinta de su futura tia. (Pasando al lado de Luis.) Ah! Luisito!

LUIS. (Con tono de súplica.) Señor don Prudencio...

PRUDENCIO. Vuelva usted á ponerse el tapa-boca del disimulo, á quitarse los guantes y haga favor de mandar que enganchen el carro que nos ha enviado mi hermana.

LUIS. Allá voy.

PRUDENCIO. Yo me afeitaré entretanto.

ANTONIO. Y yo. Tres dias hace que no practico esa operacion. (Gritando.) Agua caliente.

PRUDENCIO. (Idem.) Agua caliente.

LUIS. (Yéndose.) (Pues, señor, me he lucido!)

(Amalia y don Prudencio se van por la izquierda.)

ESCENA VII.

ANTONIO.—Despues VARACORTA.

ANTONIO. Ah! ya me veo libre... completamente libre de esa muger enredadora... de esa cadena que arrastro hace tres años... de ese grano que me ha salido en la nariz. Cuando yo vuelva á poner los pies en Capellanes... Allí en vez de pescar es uno siempre el pescado... Ahora sí que está segura!... Primero que ella adivine mi paradero, ya me habré yo casado con esa niña insípida que no me quiere, pero que tiene treinta míl duros de dote. Pobre Elena! La he jugado una mala partida; pero no habia otro medio... (Dirigiéndose al público.) Dónde dirán ustedes que la he

dejado?... Es una broma pesada! Apenas soltó la terrible badila y salimos de casa de mi suegro... la hice creer que renunciaba á todos mis proyectos y que estaba dispuesto á huir de Madrid con ella. Me hizo escribir una carta renunciando la mano de Amalia, y en seguida tomamos el tren de Toledo. Al llegar á la famosa ciudad, me empeñé en que subiésemos á la torre de la catedral á ver la campana gorda. Accedió á mis ruegos, y cuando más embebida estaba ella en leer los quintales que pesa... qué dirán ustedes que hice?... tomé la puerta dejándola encerrada y me trage la llave en el bolsillo. (Saca una llave.) Qué habrá hecho en cuanto se haya visto sola y encerrada? Es posible que haya empezado á tocar á fuego con la campana gorda y alborotado á la ciudad entera. (Al ver á Varacorta que entra por el foro con una cafetera.) Ah! ya no me acordaba de mis barbas.

VARAC. Aquí tiene usted su agua caliente...

ANTONIO. Trae: indícame una habitacion donde pueda hacerme la barba con toda libertad.

VARAC. Una habitacion? Pase usted. (Le indica la puerta de la derecha.) Allí encontrará usted espejo y navajero.

ANTONIO. Ah! la torre de la catedral! La campana gorda!

ESCENA VIII.

VARACORTA.—Luego ELENA.

VARAC. (Quita la mesa del almuerzo y arregla las sillas.) Qué tendrá que ver este hombre con la torre de la catedral y la campana gorda? Ha dicho que hace ocho dias que no se afeita. Me va pareciendo sospechoso... Si supiera que yo soy el alcalde...

ESCENA IX.

VARACORTA.—ELENA.

ELENA. (Entrando impetuosamente con una sombrilla en la mano.) Mozo! mozo!.....

VARAC. Señora...

ELENA. Sírvame usted toda la posada.

VARAC. Cómo!

ELENA. Necesito practicar un registro general... ocuparla toda.

VARAC. (Qué huéspedes tan extraordinarios se presentan hoy.) Yo pondré á disposicion de usted los cuartos vacíos..... En cuanto á los ocupados, yo no tengo las llaves.

ELENA. No las necesito: derribaré las puertas y penetraré en ellos. Ah!... el tunante... el malvado... el ladron!...

VARAC. (Ladron!... De quién hablará?... De mí no puede ser: todavía no he puesto la cuenta.) Quiere usted almorzar?

ELENA. Hay serpientes?

VARAC. (Con terror.) No señora. Se han concluido.

ELENA. Un plato de ellas es lo único que podria sentarme bien.

VARAC. (Pues vaya un estómago!... Yo he dado muchas veces culebra por anguila; pero lo que es serpiente me parece demasiado.)

ELENA. (Paseándose con agitacion.) Ah! la torre de la catedral! la campana gorda!

VARAC. (Tambien ella habla de la torre y de la campana... De dónde han salido estas gentes? Serán campaneros?

ELENA. Déjeme usted sola y vaya por las llaves de todos los cuartos.

VARAC. De los vacíos.... (Yéndose.) Tambien me parece un poco sospechosa.

ESCENA X.

ELENA.

ELENA. (Muy agitada.) Ah! yo rujo de cólera! Morderia de buena gana barras de hierro! clavaria los dientes en la piedra de un molino..... Yo necésito hacer algo terrible, feroz..... inaudito! Haberme encerrado en la torre! Haberme obligado á repicar las campanas y á alborotar una ciudad tan séria como Toledo, para que me sacaran de allí! Ah! yo no puedo tranquilizarme más que tomando té en el cráneo de ese infame!.... En Toledo lo tomaron por una broma y me dejaron libre... yo me acordé entonces de las señas de la carta, y tomé el tren..... yo registraré la posada..... despues el pueblo, y si no le encuentro, andaré... andaré como el judío errante por todo el mundo.... hasta dar con él. Escaparse á mi venganza! Imposible! A la venganza de una muger que, como yo, ha leido todos los folletines de *Las Novedades*!... que se sabe de memoria *Los Misterios de Paris*, que se ha desayunado muchas veces con *La Piel de Zapa*, que come casi siempre con *El Conde de Monte-Cristo* y que se acuesta con *Los Tres Mosqueteros*!... Ah! yo le juro... por el caballo de la Plaza mayor...

ESCENA XI.

ELENA.—PRUDENCIO.

PRUDENCIO. (Que entra por la izquierda con el navajero puesto y la navaja de afeitar en la mano.) Y mi agua caliente?

ELENA. (Fuera de sí.) Ah!... qué veo!

PRUDENCIO. Ah!... la loca!... La señora Molido!... Se ha escapado.

ELENA. (Yendo á él con furia.) Y Antonio? Dónde está Antonio?

PRUDENCIO. (Temblando.) Yo no sé... Yo me estaba haciendo tranquilamente la barba...

ELENA. La barba!... (Arrebatándole la navaja.) Yo sí que te voy á afeitar sin agua caliente. (Le amenaza.)

PRUDENCIO. (Huyendo.) Socorro!... Me quieren afeitar de valde. (Se pone una vacía de metal en la cabeza.) Salvemos á lo menos la cabeza!

ELENA. Si das otro grito, te degüello. Contéstame á lo que te voy á preguntar.

PRUDENCIO. (Temblando.) Pregunte usted.

ELENA. Tú esperas aquí á Antonio?

PRUDENCIO. Es verdad.

ELENA. Para casarle con tu hija?

PRUDENCIO. Si señora.

ELENA. Pues bien, tú no sabes quién es ese hombre... Es un infame que tiene dada palabra de casamiento hace cuatro años á una chica á quien yo protejo.

PRUDENCIO. Lo ignoraba.

ELENA. Es además un jugador... calavera... que no desea casarse con tu hija más que por cojer tus plumeros.

PRUDENCIO. (Pues si así trata á su hermano...) Yo no conocia esas cualidades...

ELENA. (Pidiéndole la mano.) Dame esos cinco...

PRUDENCIO. (Resistiéndose.) Si me la irá á cortar...

ELENA. La mano!..

PRUDENCIO. (Alargándola.) Señora...

ELENA. Te prohibo formalmente que cases á tu hija con mi hermano... júrame cumplirlo...

PRUDENCIO. (Cualquier cosa haré porque me suelte.) Lo juro; tranquilícese usted: no se casará.

ELENA. Marino!.. si faltas á tu juramento... tú... ella... él todos... (Blandiendo la navaja.) Zis! zas! zis! zas!..

PRUDENCIO. (Dios mío!.. quiere hacernos pedazos.)

ELENA. Ahora dime dónde está... dónde se oculta?

PRUDENCIO. Yo no sé... (Ah!.. voy á ver si logro engañarla...)

ELENA. Si no me lo dices... zis!.. zas! zis! zas!

PRUDENCIO. (Con temor indicándole la puerta por donde entró Antonio.) Ahí creo que está. (Oh! si yo pudiera encerrala en ese cuarto?..)

ELENA. (Al dirijirse á la puerta se vuelve á Prudencio y blandiendo la navaja dice.) Chist!.. zis!.. zas!.. zis!.. zas!

PRUDENCIO. (Aterrado.) Comprendo. (Oh! nos hemos salvado.)

ESCENA XII.

PRUDENCIO.—Luego ANTONIO.—Luego Elena.

PRUDENCIO. (Cerrada la puerta.) Ya la tengo bajo llave... ahora sí que está segura... Voy á avisar á Antonio.

(Antonio aparece con gran prisa saltando por una ventana inmediata á la puerta con el navajero puesto y la cafetera en la mano.)

PRUDENCIO. Qué miro!.. la he encerrado con él!..

ANTONIO. Cielos... está furiosa... socorro... (Saltando á la escena.) Quién me ha encerrado con ella!.. Traidor!.. (Dirijiéndose á don Prudencio.) Quiere usted deshacerse de mí?

ELENA. Ah!... tú creias (Subiéndose en la ventana.) que yo no sé saltar, tunante! (Se acaba de subir y salta.)

ANTONIO. (A Prudencio.) Tome usted los billetes y recoja las maletas. Yo voy á concluir con ella.

PRUDENCIO. Cómo!.. un asesinato?..

ANTONIO. Ya le explicaré á usted... corra usted, pronto... sin miedo.

PRUDENCIO. (Al irse.) Se van á despedazar recíprocamente! Qué familia!)

ESCENA XIII.

ANTONIO.—ELENA.

ELENA. Infame!... qué has hecho conmigo? No estás aun satisfecho? Haberme encerrado en una torre.

ANTONIO. Fué el viento quien cerró la puerta.

ELENA. Y quién dió la vuelta á la llave?

ANTONIO. El viento.

ELENA. Y el viento fué tambien quien te trajo hasta aquí?

ANTONIO. No, me vine distraidamente.

ELENA. Nada de burlas; la hora de la lucha ha sonado. Yo estoy resuelta á no salir de aquí sino para la iglesia.

ANTONIO. Y yo estoy resuelto á romper contigo.

ELENA. A romper conmigo! Eso es imposible!

ANTONIO. Imposible! qué derecho tienes que alegar?

ELENA. Me has empeñado tu palabra.

ANTONIO. Te equivocas; es lo único que no he podido empeñar... jamás.

ELENA. Has jurado ser mi esposo... y lo serás.

ANTONIO. Dónde he jurado yo?

ELENA. En Capellanes.

ANTONIO. Los juramentos de Capellanes no tienen fuerza ninguna.

ELENA. Y tu honor, miserable?

ANTONIO. Cuando yo entro en un baile de máscaras, me dejo el honor en mi casa.

ELENA. Es decir que estás dispuesto...

ANTONIO. A emanciparme... á recobrar mi libertad... al trueno gordo.

ELENA. (Al ver á Antonio que se dirige á la puerta.) Adónde vas, inícuo?

ANTONIO. Adonde me dá la gana.

ELENA. (Interponiéndose.) No saldrás de aquí.

ANTONIO. Quiero ver cómo podrás impedírmelo.

ELENA. Cómo? (Llamando y golpeando con fuerza.) Mozo!.. mozo!..

ANTONIO. Já, já!.. qué intentas?

ESCENA XIV.

DICHOS.—VARACORTA.

VARAC. (Entrando por el foro.) Ha llamado la señora?

ELENA. Una pareja de guardia civil... pronto: necesito una pareja...

VARAC. Será preciso buscarla en el pueblo.

ELENA. Pues bien, vaya usted al pueblo, y tráigase tambien al alcalde.

VARAC. Señora, el alcalde soy yo.

ELENA. Ah! usted es el alcalde? Cuánto lo celebro!... Tiene usted vara... la vara de la justicia?...

VARAC. Sí, señora: la tengo en el poyo de la cocina.

ELENA. Señor alcalde, en nombre de S. M. apodérese usted de ese hombre.

ANTONIO. (Riendo.) Já! já! qué ocurrencia.

VARAC. (Con gravedad.) Qué delito ha cometido?

ELENA. Un asesinato.

ANTONIO. Yo? já! já!

VARAC. Un asesinato!..

ELENA. Ayer á las cinco de la tarde arrojó desde la torre de la catedral de Toledo á una pobre muger que estaba viendo la campana gorda...

VARAC. (Con horror.) Ah!... Ahora comprendo por qué decia cuando hablaba consigo mismo... «la torre!... la campana!»

ANTONIO. Vaya una salida!... pues qué, usted cree?...

VARAC. (Poniéndole la mano encima de la espalda.) Preso en nombre de S. M.

ANTONIO. Pero, hombre, esto es una atrocidad.

VARAC. Silencio! no me obligue usted á buscar la vara de la justicia.

ANTONIO. Un momento. Exijo que pregunte usted á la señora cómo se llamaba esa muger...

VARAC. Cómo se llamaba la asesinada... antes de su muerte?

ELENA. Elena.

ANTONIO. (Riendo.) Y los testigos?

ELENA. Yo lo presencié... por eso cuando entré aquí llena de terror todavía, esclamé: Ah! la torre... la campana gorda!

VARAC. Es verdad: yo lo oí...

ANTONIO. Delicioso alcalde!

VARAC. Si sigue usted faltando al principio de autoridad.. le mando dar cuatro tiros...

ANTONIO. Me quiere usted dejar en paz?... Pregunte usted á esta señora cómo se llama...

ELENA. Yo soy Juana Molido.

ANTONIO. Eso es falso... se llama...

ESCENA XV.

DICHOS.—DON PRUDENCIO, cargado de maletas y sacos de noche.

ELENA. (Al verle.) Cómo me llamo yo?...

PRUDENCIO. (Con terror.) Doña Juana Molido!

ELENA. (A Varacorta.) Qué le parece á usted?

VARAC. Que no hay duda... la muerte ha sido cometida con alevosía...

ANTONIO. (Bah! á que me dan todavía garrote en broma?)

ELENA. (A Blas.) Señor alcalde, usted responde de la seguridad de ese malvado.

VARAC. Sé cumplir con mi deber.

ELENA. (Con énfasis.) Usted representa en este momento la vindicta pública... la seguridad de los tribunales... la vara de la justicia... (Al irse por la derecha.) (Voy á dar la última mano á mi obra.)

ESCENA XVI.

ANTONIO.—DON PRUDENCIO.—VARACORTA.

PRUDENCIO. (Con asombro.) La vindicta pública! la vara de la justicia!..

ANTONIO.. No haga usted caso.

VARAC. El señor ha cometido un asesinato... hay testigos... pruebas... Ya no falta más que el cuerpo del delito... un fiscal... tribunales... las costas... el patíbulo y el verdugo... Yo voy á avisar á la guardia civil... (A Antonio.) Si usted intenta escaparse... (Haciendo el ademan de apuntar.) Pum!.. pum! La ley lo previene.

PRUDENCIO. (Aterrado.) Pero qué ha hecho ese infeliz?

VARAC. Ha asesinado á Elena. (Sale por el fondo.)

PRUDENCIO. A Elena!..

ANTONIO. Una nueva locura de mi hermana... Este hombre no sabe

que carece de razon, y mientras se descubre que está loca...

PRUDENCIO. Serán capaces de ahorcarle á usted interinamente?.. Eso es horrible. Este hombre va á ser juzgado por un delito griego!.. Pero cómo salimos de este verengenal?..

AMALIA. (Que entra por la izquierda.) Papá?.. pero dónde está don Luis Esperanza?...

ANTONIO. (Como herido de una idea.) Ah! me ocurre un medio.

AMALIA. Papá, responda usted.

PRUDENCIO. Calla: un medio...

ANTONIO. Para probar que Elena no ha muerto... nos basta con demostrar que está viva.

PRUDENCIO. Es verdad... Eso explicaria hasta cierto punto...

ANTONIO. Llame usted al alcalde... y preséntele usted á su hija bajo el nombre de Elena...

PRUDENCIO. (Encantado.) Oh! eso es muy ingenioso.

AMALIA. Pero de qué se trata?

PRUDENCIO. Cállate. Tú eres Elena... Te va en ello la vida. (Llamando á la puerta del fondo.) Señor alcalde!... Eh!

VARAC. (Aparece con la escopeta al brazo.) Qué se ofrece?

PRUDENCIO. Que la persona que acusa á mi yerno tiene completamente trastornado el juicio... está loca...

VARAC. No insulte usted á los testigos...

PRUDENCIO. Yo los respeto.. He sido tambien alcalde de barrio... pero ha de saber usted que la persona á quien ella cree asesinada, goza de completa salud... y está aquí presente. (Le indica á Amalia, y pasa á su lado.) Esta es...

VARAC. Señora...

ANTONIO. Sí señor, es ella...

PRUDENCIO. Elena Templanza... mi hija...

VARAC. Esta jóven tendrá su cédula completa?

PRUDENCIO. Sí señor; yo la llevo siempre dentro de mi cartera...

ANTONIO. (Nos hemos salvado...)

LUIS. (Entrando por el foro.) Amalia!... Señorita Amalia... he encontrado un borrico para usted...

PRUDENCIO. Eh!... No se llama...

VARAC. Ah! Elena... Amalia... trataban ustedes de engañarme?.. Creen ustedes que yo me mamo el dedo... Todos presos!

LUIS. Cómo!...

VARAC. Es la manera de que no se escape el criminal... De esta modo nos ponemos las botas el verdugo y yo... El tendrá que concluir con todos ustedes... y el patíbulo se levantará delante de la posada!

TODOS. Oh!

PRUDENCIO. Aquel dia... qué consumo de sopas de ajo! (Varacorta sale por el fondo y cierra la puerta.)

ESCENA XVII.

DICHOS, menos VARACORTA.

ANTONIO. (Amenazando con los puños á Luis.) Animal!...

PRUDENCIO. Bárbaro!

ANTONIO. Nos has perdido á todos!

PRUDENCIO. Acusan á mi yerno de haber asesinado á Elena.

AMALIA. Y yo lo creo...

LUIS. Desgraciado... Es posible?... Has tenido valor?...

ANTONIO. Ojalá que hubiese hecho contigo lo mismo...

PRUDENCIO. Es verdad; hubiese obrado con más lógica...

LUIS. Pero explíquenme ustedes...

PRUDENCIO. No hay necesidad... Yo, señores, antes de que nos pongan incomunicados... antes de que comience el proceso... quiero cumplir con un deber de cristiano. Voy á hacer mi testamento. Ven, hija mia, tú me llevarás la pluma. Necesito tambien un escribano... (Prudencio y Amalia entran por la derecha.)

ESCENA XVIII.

ANTONIO.—LUIS.

LUIS. Pero Antonio, qué es esto?.. Es cierto que has asesinado á la pobre Elena?

ANTONIO. Imbécil! es una farsa inventada por ella para romper mi matrimonio...

LUIS. (Con alegría contenida.) Para romper tu?..

ANTONIO. Ha inventado que yo la he arrojado de una torre... Pero tú puedes salvarme; destruirlo todo...

LUIS. Yo! lo creo difícil.

ANTONIO. Tú vas á declarar delante de ese idiota de alcalde que ella es Elena Tempestad... que la conoces á fondo...

LUIS. Yo declarar! imposible! Hombre! pues vaya unas razones de pie de banco...

ANTONIO. No, de pie de silla te las voy á dar.

ESCENA XIX.

DICHOS.—ELENA.

ELENA. (Apareciendo por la izquierda.) Haya paz entre dos buenos amigos...

ANTONIO. Elena, no me provoques. El dia menos pensado convierto en verdadero el lance de la campana gorda.

ELENA. No volveré yo á subir contigo á ninguna torre.

ANTONIO. Te voy á proponer un arreglo... te cedo la mitad de la fortuna de mi muger si declaras la verdad.

ELENA. No quiero más fortuna que tu mano.

ANTONIO. Te pondré una tienda de florista en la calle de Carretas?

ELENA. No me gusta más calle que la de la Vicaría.

ANTONIO. Es decir que no cedes ..

ELENA. Jamás; hasta cuando mueras he de hacer que me entierren en el mismo nicho.

ANTONIO. Ah! qué idea! Te juro que te has de acordar de mí... Voy á herirte con tus mismas armas. (Se acerca á la puerta y llama.) Señor alcalde!

LUIS. (Entrando por la izquierda.) Yo voy á servir de testigo en el testamento...

ESCENA XX.

DICHOS.—VARACORTA, con los brazos remangados.

VARAC. Me llama usted como alcalde ó como posadero?

ANTONIO. Como alcalde...

VARAC. Pues soy con usted al momento. (Vuelve á salir y entra en seguida con una vara de justicia en la mano.) Me habian llamado ahí fuera como posadero, y he tenido que remangarme para dar de beber á las caballerías... (Tomando una posicion ridícula.) Ya tiene usted á la ley delante... Hable usted.

ANTONIO. Tengo necesidad de tranquilizar mi conciencia... Tengo que hacer revelaciones muy importantes.

VARAC. Ya escucho...

ANTONIO. Empiezo por confesar mi delito.

VARAC. Confiesa usted haber cometido el asesinato...

ANTONIO. Sí señor...

VARAC. Pues no puedo recibir esa confesion...

ANTONIO. Por qué?...

VARAC. Porque es menester que venga el secretario, que es quien entiende en ello.

ANTONIO. Pues mientras viene el secretario, necesito declarar que tengo un cómplice...

VARAC. Un cómplice!...

ANTONIO. Sí señor: yo arrojé á la infeliz desde el campanario; pero me ayudó cogiéndola de los piés...

VARAC. Quién?

ANTONIO. (Señalando á Elena.) Esta señora.

ELENA. (Levantándose con alegría.) Ah!...

ANTONIO. (Bajo á Elena.) Ahora tendrás que decir tu nombre.

ELENA. (Bajo.) Ya veremos. (Alto.) Señor alcalde! yo tambien tengo que hacer revelaciones muy graves...

VARAC. Cómo?... Una mujer del sexo de usted?...

ELENA. (Ocultando la cabeza entre sus manos.) Yo confieso... todo!

ANTONIO. (Con asombro.) Tú!

ALCALDE. Qué falta hace el secretario...

ELENA. Yo la levanté por los pies, mientras él la daba la vuelta.

VARAC. (Con terror.) Oh! Dos se han juntado... un hombre y una muger... eso ha sido un parricidio.

ELENA. (Con gozo.) Ya estoy tranquila.

ANTONIO. (Si se habrá vuelto loca de veras...)

ELENA. Ahora solo pido una gracia... Que me encierren con él en un mismo calabozo.

VARAC. Concedido.

ELENA. (Con intencion y cogiendo la mano á Antonio.) Que me conduzcan con él... de justicia en justicia hasta Madrid.

ANTONIO. (Ah! ya salió aquello.)

VARAC. No tardaré en hacerlo... He hecho jugar el telégrafo pidiendo guardia civil, y dando parte á Toledo de la captura de los criminales...

ELENA. Oh! cuánto me alegro.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—DON PRUDENCIO.—LUIS.—AMALIA.—Luego un guarda del campo.

(Prudencio entra por la izquierda con Amalia y Luis.)

PRUDENCIO. Ya estoy tranquilo... Ya he tomado mis disposiciones.

VARAC. Es inutil : todos ustedes estan libres... Los dos culpables han confesado...

PRUDENCIO. }
LUIS. } Los dos culpables...

VARAC. Ella ha matado á Elena!...

PRUDENCIO. La señora Molido!... lo creo...

ELENA. Me dió ese capricho...

PRUDENCIO. Qué familia!...

ANTONIO. Señor don Prudencio, no haga usted caso...

PRUDENCIO. Señor don Antonio... esto es demasiado: usted espiará sus crímenes antes de ser Conde y yo no puedo casar á mi hija con un ahorcado... Señor don Luis, mi hija entrará en casa de su tia, apoyada en el brazo de usted...

LUIS.
AMALIA. } (Cogiéndose las manos.) Oh!

ANTONIO. (Perdiendo toda esperanza.) Yo tambien quiero ser generoso... Renuncio á su mano...

ELENA. Ah! cómo me ama!...

PRUDENCIO. Se aman!.. Jesus, María y José!..

ANTONIO. Pero á condicion de que digas la verdad...

ELENA. Y la diré. Soy Elena Tempestad... viuda; avencidada en Madrid. No lo cree usted, señor alcalde?

VARAC. No señora.

PRUDENCIO. Ni yo tampoco.

ANTONIO. Cómo!...

ELENA. Y si yo les digo á ustedes que todo ha sido una farsa... que yo me he fingido hermana de Antonio para impedir su boda... y que lo de la campana gorda es una invencion para que me vuelvan á Madrid en su compañía?

PRUDENCIO. Señora Molido... usted padece de la cabeza?...

VARAC. Yo no puedo creer nada hasta que no venga el secretario.

ANTONIO. Es decir que no hay más remedio...

VARAC. Que ahorcarles á ustedes interinamente... (Al ver un guarda que entra con un pliego.) Un pliego! La respuesta del telégrafo. (A Luis.) Haga usted el favor de leer. Caramba con el secretario!

LUIS. Es del gobernador de Toledo y dice así: «Aquí no se ha cometido semejante delito. El alcalde no sabe lo que se dice y será destituido.»

TODOS. Ah!

VARAC. Pues bien, presentaré mi dimision y me quedaré de posadero.

PRUDENCIO. Pero cómo se explica esto?

ELENA. Con un segundo matrimonio... Don Antonio Molido será pronto mi esposo.

ANTONIO. Es verdad. (En cuanto lleguemos á Madrid no me vuelve á ver el pelo.)

PRUDENCIO. (Se casa con su hermana? Qué familia!)

VARAC. Les ruego á ustedes que celebren aquí la boda... Hay de todo.

ELENA. Yo no como más que serpientes.

TODOS. (Se oyen los silbidos del tren y el ruido de la gente que se acerca.) El tren! el tren!.. (A la puerta del fondo aparece un grupo de viajeros.) (Varios de ellos adelantándose.) Agua, agua.

VARAC. Se ha concluido.

ANTONIO. (Al público.) Para aumentar mis dolores
en esta triste posada,
solo nos falta, señores,
que no deis una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se hacen las supresiones atajadas en las escenas III y VI del primer acto, IV del segundo, y IV, V, XIV y XVI del tercero.

Madrid 18 de Diciembre de 1860.—El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

Quedan hechas las supresiones marcadas por el Censor.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Moro, Puerta del Sol.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.